

Parábola

A Perla.

I PARTE

EL PUEBLO Y EL BOSQUE ENCANTADO

Érase un bosque que el mundo conocía por encantado. Un bosque inmenso que no dejaba ver los árboles. Espeso, homogéneo, animal casi, una gran masa verdinegra posada sobre la ladera de una montaña empinada, inaccesible. Y la montaña era incircunscrible, como si estuviese al borde del horizonte.

Érase un pueblo que descansaba a dos millas del bosque encantado. Pueblo de casitas bajas, con jardines y fondos muy amplios, con buenos sótanos cargados de víveres y sabrosos vinos; pueblo rodeado de viñas y pomares, cruzado por susurrantes acequias y brisas benignas. Cada casita tenía una chimenea que despedía su humo azul: buen fuego, redondas ollas negras, enjundiosos caldos, panes dorados y crujientes.

El pueblo estaba consagrado a la montaña y al bosque encantado. Era su horizonte, su cénit. Lugar sagrado hacia el que confluían ruegos e imploraciones. Vivía bajo su sombra penetrado del terror divino, tratando de interpretar las señales por las que montaña y bosque daban a conocer sus designios. El vuelo de los pájaros, el canto lejano del bosque, las figuras de la bruma, el modo como la luna y el sol trepaban la cúspide sagrada.

Y todo el pueblo era piadoso en grado sumo. Y nadie osó jamás curiosear el bosque encantado, ni hollar la montaña, ni levantar la cabeza contra la voluntad de la divinidad. Una paz ya muy larga, ya muy agobiante, flotaba sobre el pueblo que descansaba al amparo del lugar sagrado...

EL NACIMIENTO DE JUAN

Juan nació en una de esas casitas.

Y era la casa donde nacía Juan la más hermosa de todas las de aquel pueblo; no por más rica, sino por feliz. Tenía su jardín, su fondo, su sótano, su chimenea y su fuego, y cuatro ventanas que sonreían a todos los días del año.

Una carnuda señora rubia y rosada con hoyuelos en las mejillas rientes, le puso entre sus manecitas la tierna superficie de un universo azucarado. Y a un señor moreno que se anunciaba ruidosamente, lo comenzó a ver periódicamente, cada tantas señoras blandas del azúcar.

Había además otras cuatro manos, muy suaves, que aleteaban a su alrededor y que después se unieron a dos bocas carnosas y a dos pares de ojos zarcos que se le metían por aquí y por allí; lo pellizcaban, lo cosquilleaban, lo oprimían, lo estrujaban y lo dejaban ardiente y cansado, prepotente y agresivo.

Y así Juan comenzó a vivir soñando sus días.

Pero nació en uno nefasto, pues un canto lúgubre descendía esa noche del bosque encantado. Llanto, gemido prolongado, que se venía arrasando por el valle y desolaba las almas.

LAS EDADES DE JUAN

(Los cuentos que recordó)

I

“Hace muchos, pero muchos años, antes que naciera el abuelo, antes que el padre del abuelo y el padre del padre del abuelo, había unos pícaros duendecillos, así de altos, así de malignos y traviesos, que se la pasaban molestando y haciendo rabiar a los hombres. Eran unos envidiosos y unos celosos, querían todo el mundo para sí y no dejaban a los hombres vivir en paz. Y los hombres no podían hacer nada contra ellos, porque eran muchos y saltarines y resbaladizos como ranas; estaban tristes y llorosos y se morían día a día, mientras los duendes cada día inventaban algo nuevo contra ellos. Y nada andaba bien y todo era discordia.

También, ¡si tú supieras lo que hacían esos malvados! El duende Agua, por ejemplo, corría furioso y se llevaba por delante todo; crecía cuando no se esperaba y no aparecía cuando se lo necesitaba. Uno de los más traviesos era el duende Viento. Les hacía las mil y una a los hombres. Les tiraba cosas a los ojos, le soplabá insultos en los oídos o se las pasaba cantando toda la noche. Otro bueno era el duende Fuego. ¡Si que era malo y dañino! Se escondía en el lugar menos imaginado y saltaba de pronto a dar dolor y lágrimas. Y como ellos el duende Sol, el duende Luna, el duende Estrella, el duende Árbol, el duende Piedra y todos los demás, que son tantos que no se los puede contar.

Pero un día se acabó. El Señor que ahora vive en el bosque encantado dijo basta. Esto no puede seguir. Es el colmo. Estos duendes merecen un escarmiento. No han sabido ser amigos del hombre; tienen un corazón chiquito y sucio. Los castigaré. Pero también al hombre.

Y dicho y hecho. Un día reunió a todos los duendes y a todos los hombres en este mismo lugar. Tomó una cadena larga, larga, larga; gruesa, gruesa, gruesa, y ató a todos los duendes y les dijo:

—Desde ahora serviréis al hombre.

Y a los hombres les dijo:

—También vosotros tenéis la culpa pues no supisteis haceros querer por estos diablillos. En vez de renegar y de llorar, debisteis tratar de hacer algo por la amistad de los duendes. Por eso tendréis que aprender a haceros servir.

Y les dio a los hombres la cadena con que estaban atados todos los duendes. Y los hombres cargaron con ellos y desde entonces todos los días, se esfuerzan por aprender a ser servidos.”

II

“Hubo una vez un hombre en este pueblo que a los veinticinco años todavía no se había casado. Y todo el pueblo estaba preocupado por él, pues no se debe llegar a esa edad sin mujer. Tú sabes que la ley otorga tres meses de plazo para elegir compañera, una vez cumplidos los veinticinco años. Si el plazo se cumple sin que se haya realizado la elección, los ancianos escogen una para el reacio, que puede optar entre aceptarla o salir desterrado del país y perder todos sus bienes.

Y el hombre de nuestra historia era vigoroso, bien parecido, y tenía una hermosa casa y no le faltaba nada ni había nadie cuya simiente fuera más deseable para el pueblo. Por eso todos estaban preocupados y cuando lo veían por el campo le gritaban:

—¿Has elegido ya?

Y siempre respondía:

—Todavía no...

Y la gente se impacientaba y comenzaba a tenerle mala voluntad, porque decían que seguramente abrigaba malas prácticas y que era un mal ejemplo para los jóvenes. Pero como además de eso, que podía ser cierto, muchos le tenían envidia y otros muchos se sentían despreciados, pues teniendo hijas a ninguna había escogido y a todas las había desechado, nuestro hombre comenzó a despertar hostilidad. Naturalmente, las más encarnizadas eran las mujeres jóvenes del pueblo que no perdían ocasión para gritarle injurias o hacerle algún daño en su casa o sus campos.

Por otra parte, como se acercaba el fin del plazo y la consecuente elección por los ancianos, cada padre de hija casadera trataba de ganarse la voluntad de aquéllos con miras al yerno rico. Y llovían sobre los ancianos regalos y agasajos. Pero ellos tenían otras preocupaciones.

Ocurría que el pueblo después de varios años de sequía y plagas estaba muy empobrecido. Se necesitaban muchas cosas: construcciones, silos, ca-

nales, y nadie quería trabajar si no se lo compensaba con algo, pues nadie iba abandonar sus tierras para trabajar las públicas, aun cuando fuese en beneficio común, cuando se vivía al día y mezquinamente.

Los ancianos, por lo tanto, pensaban con codicia en la fortuna del hombre enérgico y afortunado que había sabido medrar en todo tiempo. Así, pues, entre ellos fue surgiendo la idea de que era necesario obligar al soltero a expatriarse.

De este modo se llegó al vencimiento del plazo, y el hombre sin escoger. A la mañana temprano, como ordena la ley, los ancianos fueron a la casa de aquél y le dijeron:

—Se ha vencido tu plazo. Te queda una última oportunidad. ¿Has elegido?

—Todavía no...

—No tienes todavía. Desde hoy comenzamos a deliberar por ti. Pero antes el interrogatorio que pide la ley.

Este interrogatorio tiene por objeto guiar el entendimiento de los ancianos para una elección más acertada; además, de él resultan a veces circunstancias atenuantes que no hacen al cumplimiento de la ley, que en este caso es terminante, sino a la fama y buen nombre del posible desterrado.

—¿Eres apto? —comenzaron los ancianos.

—Sí, lo soy.

—¿Probado?

—No.

—¿Qué haces entonces, cuando sientes esas necesidades?

—Las padezco.

—¿Qué mujer te pareció que podía calmarlas?

—En esos momentos, todas.

—¿No te bastó esto, para elegir a cualquiera de ellas?

—No me basta.

—¿Por qué?

—Por eso, porque todas podían calmarme.

—¿Qué necesitabas sentir, entonces, para elegir una?

—No lo sé.

—¿Prefieres una mujer gorda o flaca?

—No lo sé.

—¿Alta o baja?

—No lo sé.

—¿Rica o pobre?

—No lo sé.

—Dínos, entonces, ¿fea o hermosa?

—No lo sé, os lo repito.

—Si es así, ¿te parece conveniente que deliberemos o deseas ya desterrarte?

—Prefiero que deliberéis. Quizá...

Los ancianos dejaron la casa satisfechos y desconcertados a la vez. Lo primero, porque las respuestas del hombre aseguraban el destierro y con él la fortuna para el pueblo. Lo segundo, por el carácter de las mismas muy poco comunes, por cierto.

Y comenzaron las deliberaciones. Y los ancianos tenían un solo temor, el temor de que ese loco que no sabía lo que quería se quedase con lo que ellos le ofrecieran. El miedo a acertar con lo que ese gusto indefinido podía aceptar los arrastró a largas discusiones y enconadas controversias sobre la naturaleza humana.

En el pueblo había por entonces una muchacha cuya fealdad no podía ser superada y el resultado para ella fue que su desgraciada figura vino de perillas para los ancianos. Le comunicaron que había sido la elegida y se la llevaron al hombre soltero.

—Te traemos a la que será tu mujer o la causa de tu destierro —dijeron los ancianos, empleando la fórmula tradicional para estos casos.

El hombre observó detenidamente a la muchacha. Luego dijo:

—Bien. ¿Me concederéis conversar con ella, antes de dar mi respuesta?

—Haces uso de tu derecho.

Una vez a solas, el hombre le dijo a la muchacha:

—Ellos quieren mi casa y mis tierras.

—El pueblo las necesita.

—Luego, tú sabes que no voy a casarme contigo.

—¿Cómo podría ser lo contrario?

—¿No tienes esperanza?

—No.

—¿Cómo harás entonces?

—Los ancianos no eligen para las mujeres.

—¿Te quedarás sin hombre y sin hijos?

—Serviré a los ancianos.

—¿No te hace sufrir tu condición de desechada?

—Sí.

—¿Algún hombre se calmó en ti?

—Nadie lo intentó.

—¿Te casarías con cualquiera?

—Creo que sí.

—Ciertamente, el destino no ha sido muy propicio contigo. Me parece cruel que no puedas escoger.

—Me parece hermoso que puedas elegir y que tengas en tus manos las riendas de tu vida.

—Sin embargo, no puedo esperar. Perderé casa, campos, patria, si no me caso contigo. Tampoco mi destino es envidiable.

—Es el que tú te proporcionas. Podrías aceptarme y todo para ti quedaría solucionado. En cambio, yo no puedo hacer nada y todo lo que me concierne lo deciden circunstancias que no puedo manejar.

—Sin embargo, en este caso podrías negarte a servir a los designios de los ancianos. Podrías mantenerte aislada y orgullosa y no andar mendigando un favor de las circunstancias.

—Razonas desde tu silla. Igualmente yo no podría escoger. Un tapujo no es una solución, aunque el tapujo sirva a alguien.

—En fin, ¿qué me aconsejas?

—Dejaría de pensar que tu destino es hermoso si justamente yo pudiera darte un consejo. Hasta ahora tú podías escoger, ahora ya debes hacerlo.

—¿Me destierro entonces?

—Que no sufras demasiado.

Y el hombre dejó casa, campos, patria, y marchó al destierro.”

III

“Nuestro país siempre amó la paz, pero no basta amarla para gozarla, además es necesario tener vecinos que la deseen o que no tengan injustas pretensiones o que no sean lo suficientemente tontos como para suponer que su vecino lo es mucho. Así, pues, aunque nunca quisimos la guerra, como tenemos tres vecinos, padecemos tres guerras que se alternan o suceden a través de los años.

Vosotros que sois jóvenes y que habéis tenido la suerte de vivir en tiempos de paz, no podéis imaginar lo que la guerra sea sino a través de los fuegos que arden en vuestra moza sangre. La guerra es algo más que eso, os lo dice un viejo que participó en cuatro, una de ellas la peor que debió afrontar nuestro pueblo.

Y esa guerra, por extraña ironía, se debió al motivo más trivial. Un melón, melón maduro y apetitoso, que dos hombres, uno de nuestro pueblo y el otro del pueblo vecino, se disputaron sobre las lindes de sus respectivos países.

Hacia el oeste hay una zona yerma que hace las veces de tierra de nadie entre las nuestras y las del vecino. En esta tierra creció por extraña ocurrencia de la naturaleza un bello melón. Este melón fue descubierto casi al mismo tiempo por dichos hombres. Se entabló, entonces, una discusión sobre los respectivos derechos y ninguno quiso dar los brazos a torcer o conformarse con una jugosa mitad, de manera que sus gritos y razones atrajeron a sus vecinos, que a su vez armaron otro alboroto mayor. Promediado el día ya estaban enterados los ancianos de ambos pue-

blos, que penosamente se llegaron al lugar del hecho portando cada uno su carga de rencores, que otros llaman historia.

Y que el melón pertenece a nosotros y que no, que no pertenece a vosotros. Y las cosas así, fueron pasando las horas y se hizo la noche. Y como no era un lugar para estarse discutiendo resolvieron seguir al día siguiente. Pero claro que como uno y otro bando temía que el otro robara el melón durante las horas de la luna, dejaron guardias sobre el yermo de nadie.

Y a la mañana siguiente volvieron los ancianos y siguieron la discusión y ya no se hablaba del melón sino de todas las viejas querellas que uno y otro pueblo mantenían desde siempre. Y cada vez que los argumentos decaían en puntos de vista excesivamente personales, los ancianos decían que la historia sería la encargada de juzgar de la verdad o falsedad de esos puntos de vista, sin pensar que la historia es un juez venal.

Por dos semanas los ancianos discutieron alrededor del melón, en tanto los dos pueblos alrededor de sus tareas hacían idéntica cosa, por lo que los trabajos se demoraban, los amigos se distanciaban, y el melón se podría.

Podrido ya el melón, siguieron discutiendo, porque no era el melón lo que interesaba sino el hecho general, el problema que emanaba de su presencia en ese lugar y sus consecuencias jurídicas. Pero ya estaban todos demasiado exhaustos, demasiado cansados para pensar con ingenio, y recurrieron a las últimas palabras, a los argumentos definitivos, a las amenazas.

Mientras tanto, gente de ambos pueblos mantenían altercados; salieron a relucir los palos y las piedras. Y hubo peleas y heridos. Y hoy se asaltaba una casa, y mañana se envenenaba el río, y pasado se incendiaba la provisión de trigo.

La guerra se hizo ineludible según la opinión de muchos, y la declararon. Y la hubo por tres meses, y costó la vida a la mitad de los habitantes de los dos pueblos reunidos. Se perdieron las cosechas de ese año, quedaron inutilizados casi todos los campos y los incendios destruyeron grandes bosques riquísimos.

Pero lo peor no es esto, jóvenes, lo peor fue que el melón pasó a la historia, a la larga lista de los rencores. Y sirvió y servirá para promover otras guerras."

IV

"Cuenta una vieja leyenda de nuestro pueblo que al fin de todo camino hay un arcano que contiene rico tesoro.

Nadie sabe el origen de esta creencia que se remonta a las más antiguas tradiciones. Lo cierto es que no hay viejo de nuestro pueblo

que no hable del arcano en que culmina todo camino. Sobre esta tradición se han tejido innumerables cuentos, refranes y ocurrencias. En nuestras canciones, relatos y coloquios, esta leyenda de origen desconocido ha dejado infinidad de elementos reconocibles, aunque interpretables de diferente manera, pues señalan algunos el escepticismo y otros una fe inamovible.

Si bien, como os dije, la leyenda es de origen desconocido, ha adquirido formas variadas en contextos de intención filosófica unas veces, poética otras, mixtas las más. De esta última es la siguiente:

Los antecesores más remotos del hombre gozaban de una muy peculiar naturaleza que hacía de su vida una suerte de continua somnolencia dichosa y desinteresada.

Despertaban para comer y reproducirse y esto mismo lo hacían de un modo poco humano, tal como ahora entendemos esa palabra. Faltaba a sus ojos ese brillo especial que distingue el hombre del animal. En el fondo eran animales perfectamente ligados a su medio, tal como podrían ser los hombres si se los ubicase en un sitio que no requiriese de ellos el menor esfuerzo, por estar todo a mano, o por ser ellos de una perfección inaudita.

Estos antecesores vivieron así un tiempo inmenso. En su estrecho mundo todas las soluciones les eran inherentes, como si hubiesen estado encarnadas en su naturaleza. Cazaban sin peligros, amaban sin ansiedades, se entregaban al sueño con una seguridad de dominadores, con una tranquilidad casi insolente.

Un estado de cosas tal terminó por preocupar al hacedor de estos hombres.

Aquellos seres que él había creado y ubicado se le parecían demasiado en la perfección y también en la estúpida consecuencia que resultaba de ella. Vivían en el medio restringido que él les había destinado, con la misma comodidad y con la misma suficiencia que él mismo en el seno del Universo. En realidad le resultaban irritantes, faltos de gracia y valor.

Durante mucho tiempo esta situación fue soportada por el con una resignación ambigua, más parecida a la cólera reconcentrada que a la paciencia santa. Luego comenzó a pensar cómo podía hacer de estos satisfechos animales, seres más interesantes, capaces de sufrir y de crear, de andar el mundo que se les había concedido con paso nervioso y vigilante. El hacedor quería hombres ahora, quería seres dispuestos a levantar una realidad que les perteneciera y que llevara su sello.

La única solución consistía en despertar en ellos un anhelo, una ansiedad, una insuficiencia. Misterio, incertidumbre, algo que debía ser intentado como una aventura, sin otra brújula que un vertiginoso girar de orientaciones.

Desde que esta solución se impuso en el espíritu del hacedor, los antecesores empezaron a tener sueños extraños, en los que se les decía que al fin de todo camino había un arcano. Pero ellos al despertarse comentaban:

—Tuve un sueño en el que una voz me decía que cualquier camino tiene en su terminación un rico tesoro.

—¿Qué será eso?

—¡Bah!

Y los antecesores del hombre no querían sentir curiosidad, ni les importaba el misterio y seguían gozando de su modorra con entera calma.

Pero los sueños siguieron golpeando en esas cabezas con una persistencia demoledora durante años y años hasta que un día los antecesores despertaron y se dijeron:

—Creo que ese tesoro nos enloquecerá.

—Estoy de acuerdo.

—Me parece que deberíamos ir a buscarlo.

—Estoy de acuerdo.

—¿Y qué camino seguiremos?

—El sueño dice que al fin de cualquier camino lo encontraremos.

—Bueno, yo seguiré éste que va hacia el sur.

—Y yo el que va hacia el este.

—Y yo el que va hacia el oeste.

—Y yo el que va hacia el norte.

—En cuanto a mí, como el sueño dice que todo camino es igual, sigo uno que va hacia adentro.

Y así uno a uno todos fueron eligiendo su camino y todos los espacios quedaron cruzados y roturados por los pasos de los buscadores, que buscando tuvieron que salir del lugar en donde siempre habían vivido y adaptarse a nuevas condiciones y sentir y pensar otras cosas.

Esta alegoría termina diciendo que no hay nada en el mundo que no tenga la huella del paso del hombre hacia el arcano de cada camino, y que nada que haga el hombre desde entonces no esté animado por la desesperación, la incertidumbre y el misterio que impulsa su andar sin descanso."

EL PROTEGIDO

Vivía ya Juan los dieciocho años de su vida. Y su camino era liso y toda empresa que aventuraba la terminaba con fortuna y sin mayores riesgos. Y se tenía en el pueblo la impresión de que Juan era un "protegido". Uno de los que cada tanto nacen con las riendas de su destino en las manos. Estos son los señores de sí y de los otros, los que mueven

los cursos secretos de la vida según su antojo, los que no caen por obra de los hombres sino por voluntad de lo desconocido.

Su tierra, su casa, sus árboles, su palo, sus flechas, sus músculos respondían a su voluntad con diligencia servil. Cielo, tierra, agua, fuego, cuanto elemento puede oponerse al hombre, ante él se rendía y ofrecía mansamente. Era el protegido.

Y esta palabra con que los hombres de aquél pueblo lo nombraban no era palabra santa como puede suponerse. Era una palabra cargada de oscuros sentimientos. Inspiraba terror y cólera, sometimiento y rebeldía.

Juan no era querido por nadie, sino temido. Era el señor porque no podía ser el enemigo, y todo el pueblo sabía esto y en cada alma había un rencor que se extendía a todo el universo. El hombre que nacía para convertir en sombras a sus coetáneos, liquidaba toda piedad, manifestaba la malignidad de lo secreto al hombre. Aquello que se cree que a todo gobierna se siente de pronto no como algo propicio sino como algo enemigo. Os ha sacrificado, os ha relegado.

LA ÚLTIMA DICHA

No se cuidó Juan de su virginidad y pronto la abandonó en el regazo de quien supo ser digna de ella. Y otras rodillas después de aquellas temblaron por él y para él, ciñendo el curso recio de su deseo.

Pero no se casó Juan hasta los veinte años, atrapado por un cansancio nuevo, desconocido para él. Y la mujer de Juan no era hermosa, porque no quería él mujer para lucir sino para servir de apoyo a su casa y de orbe a sus futuros hijos. Mujer amplia y vigorosa en la que descansara la incertidumbre.

Y comenzó a rodar el sol sobre la fresca tierra roturada. Y un día la luna se demostró impotente.

Gozó Juan su última dicha con la buena nueva.

EL TIEMPO DE LA ANGUSTIA

Desde hacía ya algún tiempo, Juan sentía que debía esforzarse para ser afortunado. Las cosas no respondían a su mano como antes. Se resistían. No se trataba de algo aparente; veíasele venir de lejos, envuelto en sordos ecos de catástrofe.

Sentía que algo cambiaba para él en la faz de las cosas. El mundo se le tornaba más áspero, menos flexible a su voluntad. Y nadie adivinaba esto sino él. Y lo adivinaba con un miedo que crecía día a día.

Por eso no era de extrañar que su conducta se hiciera nerviosa y atra-

biliaria. Se imponía Juan para cada minuto venidero una prueba, una ejercitación de su suerte que le llevaba a tentar toda clase de experiencias. Quería saber si realmente se estaba relajando el afortunado equilibrio que sostenía con las cosas. Si realmente comenzaba a dejar de ser el "protegido", como le decían en el pueblo.

Porque si de niño no, de joven y de hombre supo sacar placer y provecho de su rara condición. Estaba encariñado con la fortuna llovida sobre él con misteriosa intención. De noche y de día, cuando dejaba que los minutos sin ocupación resbalaran sobre él mansamente, se permitía un regodeo que dejó de ser sensato a medida que pasaban los años. La sola idea de un cambio lo aterrizzaba.

Entonces comenzó para Juan el tiempo de la angustia.

LA TRAILLA

Y Juan entabló un cotejo encarnizado con los hombres y las cosas. Al principio fue algo imperceptible. A nadie alarmó demasiado. Sólo los ancianos presintieron la vecindad de una amenaza en ese hombre que hasta entonces había sido afortunado sin arrogancia.

Una noche el pueblo vio su costado iluminarse con un incendio que le devoraba los graneros. Y Juan también lo vio. Y las llamas subían hasta muy alto envueltas en una lluvia de escamas amarillas. Y el humo se arrastraba por las calles diluyendo las líneas en presencias vagas.

Para Juan aquél incendio era una provocación. Y marchó hacia él como alucinado. Seguía el camino de todos, pero su paso tenía un ritmo distinto. No iba a ver, iba a sentirse el protegido. Cuando llegó a los graneros, no se detuvo en el círculo de los desolados espectadores. Siguió adelante, hacia el seno mismo del incendio. El chillido-crujido-tonante de las llamas ventruadas y danzantes, lo detuvo sobre el filo de la primera quemadura.

Y fue muy odiado y se lo temió más aún. Porque saltaba a los ojos que el protegido buscaba el modo de imponer su condición. Estaba haciendo gala de sí, luego quería servirse del pueblo, que de pronto, frente al incendio, se sintió ligado a la suerte de Juan, como un animal a la cuerda que lo sujeta.

EL PUEBLO DE LOS EMBOSCADOS

Juan se hizo prepotente. Y cometía maldades e injusticias con el único fin de ver a quien podía aplastar. Y todo lo hacía con ostentación y mala fe.

Apeteció en una hora los campos de un vecino y los tomó sin dudar.

Y cuando vinieron a reclamar por su proceder, provocó una reyerta de la que salió vencedor.

Y el pueblo se encogía y retraía frente a aquél con cuyo paso iba la arbitrariedad y el dolor.

No le satisfizo su mujer y la relegó al puesto de sirvienta de su casa; pero se le antojó una joven y la hizo suya de viva fuerza. Y mató al hombre que la defendía, y destruyó la casa que la cubría.

Y hubo sequía en el pueblo y Juan poseía las fuentes del agua que regaba los campos de sus vecinos. Entonces entorpeció los cauces y no dejó que la tierra ajena bebiera. Uno de sus vecinos, agazapado en la noche, en venganza, envenenó las aguas en donde abrevaban los animales de Juan. Y hubiera habido gran mortandad de aquéllos si un perro no la hubiese descubierto a costa de su propia vida. Pero Juan esta vez no quiso tomar represalias y dejó creer a todos que sus animales eran inmunes al veneno.

Andaba la justicia del pueblo, pues, en manos de un sólo hombre y ya nadie hacía nada por rescatarla. Todos estaban ocultos y el pueblo de Juan era el pueblo de los emboscados.

EL MEJOR GUERRERO

Señor de un pueblo vacío, Juan ahora sabía que había dejado de ser el protegido. Sabía además que su poder provenía del antiguo poder. Si uno solo de aquellos hombres, el más débil, el más insignificante, se hubiese animado a salir a la calle a disputarle algo, sabía Juan que ese despreciable ser lo vencería.

Y el miedo le estrangulaba las noches y los días. Y se había rodeado de abyectas criaturas con las que jugaba la parodia del aturdimiento. Y de la casa de Juan manaba la desgracia hacia todas las calles del pueblo.

Y ya no era la maldad, sino la aberración la que bajaba de la casa del protegido. Espectáculos sangrientos, violaciones criminales, juegos espantosos, entretenían la ferocidad del angustiado.

Y un día hizo reunir al pueblo frente a su casa. Y todo el pueblo concurrió con la cabeza gacha y el corazón resignado; Juan habló:

—Yo, Juan, el protegido, he resuelto que esta vida de molicie arruina a nuestro pueblo. Nuestros hombres se parecen ya demasiado a sus mujeres. Da vergüenza ver tanto antiguo esplendor convertido en floja carnaza, en femenil apetencia de blandura. Por lo tanto, he resuelto que al cabo de tres lunas se inicie la conquista de todos nuestros vecinos. De hoy hasta entonces, todo hombre apto deberá prepararse para ser el mejor guerrero. Nada más.

LA PEDANA DE BARRO

La nueva ocupación iluminó el cielo del pueblo. No era que gustase la guerra, sino que a todos les pareció que se salía de una larga noche amenazante. Aquella actividad con su sentido inmediato y compartido, les pareció a muchos como un escaparse de una trampa, como un salir al aire y al sol.

Juan mismo encontró algún placer en los preparativos guerreros. Pero él no se preocupaba de fortalecer su físico, ni de preparar sus armas, como todo el mundo. Él se las pasaba mirando y controlando a los demás. Y le satisfacía plenamente ver a los hombres marchar según el plan que les había trazado, ocupados unos en forjar, otros en ejercitarse, esotros en preparar el bagaje; cada uno tenía una misión, cada paso de hombre cumplía un objetivo y nunca las calles del pueblo vivieron una agitación más ordenada, una prisa más regulada.

Cuando la guerra es un hecho imposible de detener poco importa ya el amor que se pueda sentir por la paz; cada hombre realiza lo que tiene que realizar con la sola voluntad de salvar su vida y agudizar sus reflejos. Eso ocurría en el pueblo de Juan. Y éste se sentía frente a ese mundo ocupado del modo más parecido a un ser omnipotente.

Otra cosa en la que se ocupaba Juan era en la preparación de sus atavíos de combatiente. Quería ropas majestuosas, capaces de elevar por sí al más ínfimo patán de su pueblo. Imaginó unas tan pesadas, tan cargadas de colgaduras, tan recubiertas de extraños adornos, que cuando se hubo metido dentro de ellas sus movimientos se hicieron casi imposibles. Para montarlo en su caballo eran necesarios cuatro fuertes aldeanos, y tan aferrado tenía el cuello por trapos y metales, que desde que se vestía hasta que se desnudaba no podía mirar sino en una dirección.

Al asomar la tercer luna, volvió Juan a reunir a su pueblo y le dijo:

—Se ha vencido el plazo de los preparativos. Desde hoy cada hombre de nuestro pueblo es el mejor guerrero del universo. Nada detendrá su paso, y todo se doblará frente a él como las brizas de los campos al paso del viento. Pero escuchad todavía lo que debéis cumplir en tanto dure nuestra conquista:

1º Jamás dejaréis de dar las espaldas a vuestros dominios.

2º No cargaréis con nada más que vuestra vida y vuestras armas.

3º Todo herido que no se pueda valer por sí mismo quedará en el camino.

4º El cobarde perecerá lapidado.

5º El que no cumpla sufrirá pena de palos hasta su muerte.

6º Todo lo que encontréis en el camino os pertenece, sea hombre o cosa, pero tomaréis posesión de ella cuando estéis de regreso.

- 7º El enemigo no es vuestro amigo sino cuando muere.
- 8º La mujer de vuestro enemigo os pertenece por el tiempo que dure vuestra necesidad. Pero para ello no entraréis en su casa, ni la encontraréis a solas, ni tendréis por verdad una sola de sus palabras. Recordad que es más peligrosa y mortal la debilidad astuta que la fuerza manifiesta. El hombre que sufra daño o robo o celada por causa de una mujer, y lo hecho contra él no redunde en perjuicio de muchos, sufrirá pena de palos hasta cubrir los cincuenta. Si redundare, perecerá lapidado.
- 9º Es niño todo aquel que posea menos de doce años. Quien causare daño a un niño perecerá lapidado.
- 10º Todas las tierras y posesiones que vayáis conquistando os pertenecen, por lo tanto tendréis cuidado de no causar daños innecesarios. De todo lo que posee vuestro enemigo, sólo él es peligroso.

LOS MEJORES GUERREROS DEL UNIVERSO

Partieron cuando promediaba la noche, en el mayor silencio. La columna tomó el camino del poniente, hacia el más débil de los tres vecinos. Si nada entorpecía la marcha, llegarían allá a la medianoche del tercer día. Según los planes de Juan la columna central debía dividirse al segundo día, partiendo cada sección en dirección contraria. De este modo se caería sobre el país en un frente articulado a manera de tenaza.

Se efectuó la maniobra a la madrugada del segundo día sin ninguna dificultad. Y al tercero Juan cruzaba el río que limitaba al país. Inmediatamente después del río venía un bosque sin costados visibles. Juan había previsto para este obstáculo que podía ser una trampa, tres comisiones de exploradores. Las comisiones regresaron sin novedad y Juan dispuso se pasara el bosque.

Estaban todas las fuerzas en el bosque cuando comenzaron a insinuarse resplandores de fuego. La trampa estaba tendida. No quedaba más solución que quebrar el frente de llamas antes de que tomara demasiado incremento. Pero antes de que pudiera dar la orden, sus mejores guerreros del universo, por propia iniciativa, se lanzaban a todo escape hacia el río.

Juan se quedó solo en medio del cerco llameante. Pero no alcanzó a sentirse trágicamente solo en medio del desastre, como hubiera querido verse para hallar alguna justificación a su aventura. Su caballo, espantado, emprendió una loca carrera hacia el río también.

No duró mucho esta ocurrencia, pues, sin saber cómo, se vio primero en el aire y luego cayendo con estrépito en algo así como un pozo abierto en el suelo.

II PARTE

JUAN EN EL POZO

EL POZO

Y era aquel pozo hondo y estrecho como un ataúd vertical.

Pozo ennegrecido.

Pozo en el que no caben dos.

Silencio para uno que ha vivido.

Soledad sin rescate.

Y estaba abierto aquél pozo para que nadie descansara en él.

Para que viviera lúcido y desesperado.

Cerca de lo hondo, contra los lados.

Y estaba ubicado el pozo para que nadie cayera en él antes de su momento.

En la hora propicia.

En el instante que se empina sobre los instantes.

Y era un pozo que todo el mundo podía descubrir, pero sobre el que nadie podía detenerse.

Altura sin escala.

Bordes de la compasión impotente.

De la curiosidad insolente.

Del amor desesperado.

Y vivió Juan mucho tiempo la vida del pozo.

EL SORDO

—¿Hay alguien ahí?

—¡Por fin! Ayúdame, por favor...

—¿Hay alguien ahí?

—Sí, que no me dejes aquí te pido...

—¿Hay alguien ahí?

—Hay, no me hagas desesperar. Si llega tu voz hasta mí, ¿por qué no la mía hasta tía?

—¿Hay alguien ahí?

—Mira, trata de verme si no me oyes. Estoy aquí, ¿me ves?

—¿Hay alguien ahí?

—Inclínate, haz una pantalla sobre tus oídos. Hay alguien aquí. ¡Hay! Hay alguien a quien tú puedes ayudar. ¡Hay! ¡Hay! ¡Hay!

- ¿Hay alguien ahí?
 —Maldito sordo, si no puedes oír, ¿para qué preguntas?
 —¿Hay alguien ahí?

EL CIEGO

- Siento el lejano gemido de alguien que sufre un gran mal...
 —¿Quién trata de orientarse por mi llanto?
 —Has oído mi voz.
 —¡Voz bendita! Estoy aquí, en un pozo. Necesito ayuda.
 —Yo te ayudaré. ¿Me has dicho que estás en un pozo?
 —En un pozo estoy. ¿Pero no ves su boca?
 —¡Ay de mí! Jamás vi nada.
 —¡Ciego!
 —Ciego desde siempre. Pero no te desalientes. Yo te ayudaré. Dime dónde está la boca del pozo.
 —¡Cómo quieres que te lo diga si no puedo saber dónde estás tú!
 —No importa. Yo me orientaré. Grita durante unos instantes...
 —¡Ay! Cuidado, que veo tu sombra arrimarse peligrosamente... ¡Cuidado te digo, no te acerques...!
 —Ya me alejo, ya...
 —Pero no, que te acerques...!
 —Ya, ya... Entonces es para el otro lado... Ya, ya...
 —¡Oh, me dejas el alma en un hilo! Acabas de pasar por encima de mí...
 —Pasé por encima de ti. ¿Quieres decir que debo volver unos pasos atrás? Ya, ya...
 —¡No! ¡No! Véte, véte de una vez. ¡No! ¡Véte! ¡Ay! ¡Que te he visto ya tres veces al borde de este abismo! ¡Véte! ¡Ay!
 —Yo quiero ayudarte. Si no es por aquí, es por allá... Ya, ya...

EL MANCO

- ¡Un pozo! Y parece profundo... A ver; creo que tiene... Bueno, no puedo calcular... Claro, las sombras que proyectan las paredes. Es un pozo peligroso; ¿cómo es que tiene la boca abierta?
 —¡Ayúdame!
 —¡Caramba! Parece que hay alguien ahí abajo. Por su voz parece un hombre de unos cuarenta años, pero puede ser que no tenga tanto... Hay que tener en cuenta que su voz viene deformada por la distancia... Díme, ¿qué edad tienes?
 —¿Por mi edad preguntas? ¡Es por mí que tienes que hacer algo!

- ¿Cómo te llamas?
 —Necesito que me ayudes...
 —¿Cómo caíste ahí?
 —¡Trata de hacer algo por mí!
 —Tengo una curiosidad. ¿Tú puedes calcular la altura del pozo? ¿Me lo dices?
 —Por favor, haz algo por sacarme de aquí...
 —¿De qué profesión eres?
 —¡Ayúdame!
 —¿Qué se siente ahí debajo?
 —¡Ayúdame!
 —¿Hace mucho que estás ahí?
 —¡Ayúdame!
 —¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Que te ayude? No puedo, soy manco...
 —¡Entonces véte...!
 —Escúchame, ¿has calculado ya la altura del pozo? Me muero de curiosidad...

LA LETRINA

Y como al sordo, al ciego y al manco vio Juan pasar mucha gente al borde de su pozo. Pasó el indiferente, que echó un vistazo al fondo y sin decir palabra siguió adelante. Vio al cínico que le dio lata por unas horas y luego se fue recomendándole paciencia. Y pasó también un poeta, que sentándose al borde del pozo le recitó sus poesías.

Y luego vino un médico que carraspeó un largo rato y le tiró unos cuantos mejunjes. Y un filósofo que desenvolvió una larga ristra de razones con un vocabulario inexplicable para irse después dejándole unos cuantos problemas. Y sacerdotes que le lanzaron por la boca del pozo como piedras dioses a mares. Y todos eran como el ciego, el sordo o el manco.

Y Juan dejó de desesperar a medida que pasaba el tiempo. Y cuando vio pasar mucha gente por encima de él, también dejó de pedir ayuda. Y se acurrucó en su pozo, y no contestó a nadie y de abajo hacia arriba miraba como los seres asomaban su rostro sobre el ojo de su mundo.

Pero entonces su pozo se convirtió en lugar de desperdicios. Y también por ellos reconoció a los sordos, a los ciegos, a los mancos y entre ellos a los indiferentes, a los cínicos, a los médicos, a los filósofos, a los sacerdotes. Todos miraban primero y se acuchillaban después, y ruido más, ruido menos, hacían lo mismo.

A Juan empero, ya no le importaba eso.

EL DUEÑO DEL POZO

Desde que Juan dejara de pedir ayuda, la vida del pozo adquirió para él una peculiaridad que no se sabía definir. Por otra parte, no lo intentaba. Se estaba acostumbrando al pozo y nada más.

La concéntrica pared que ascendía hasta un cielo minúsculo iba haciéndose familiar. Había allá en lo alto un arco de luz que tornaba con el paso del sol. Sobre ese trozo luminoso Juan veía proyectarse las sombras de las matas que crecían alrededor del pozo. También veía de vez en cuando las siluetas truncadas de animales u hombres.

Ese pedacito de cielo cambiante poseía a su vez algo de único, de propio, de personal, como no podía explicarse. Le ocurría que de tanto mirar fijo, la abertura se convertía en un ojo manso e inteligente por el que miraba y por el que era mirado.

Pero el pozo tenía algo todavía más importante. Y era que en él el tiempo no entraba sino a lapsos. Diríase que corría por arriba, que era algo que le ocurría a la superficie. Entonces las paredes del pozo, el ojo manso e inteligente, lo reflejaba a Juan, no al físico, sino al histórico, el de cuatro dimensiones. Uno es una cosa elástica, una materia que se extiende siempre. Que siempre parece estar a punto de romperse. Pero no; eso no ocurre nunca. Uno es infinitamente elástico, mágicamente plástico. Juan se vio como esa cosa elástica y le causó risa, una risa muy grande, su figura estirada sin cesar por una tracción tenaz e inexplicable.

Y estaba tan cómodo Juan en su pozo, que la vida de allá arriba le parecía menos real, menos importante que esta de aquí abajo. Ya no era el hombre caído en un pozo, sino el dueño de su pozo.

EL LABRADOR

—La, larará, la, la...!

—¿Pareces feliz?

—¿Qué? ¿Quién me habló?

—Alguien que vive en paz en este pozo.

—¿Alguien en este pozo? ¡Pobre hombre!

—Pobre no...

—¡Pero si estás en este pozo! ¡Qué desgracia! Espera que enseguida te ayudo a salir. ¿Podrás valerte de tus brazos? ¿Estás herido?

—¡No!

—Entonces te tiro una soga... ¡Pobre hombre!

—¡No! No, te digo.

—¿Pero qué dices? ¿No quieres que te saque?

- ¡No!
- ¡Pobrecito! ¡Seguramente has enloquecido de dolor!
- No estoy loco. Estoy muy bien en este pozo.
- ¿Bien en ese pozo? Has enloquecido, lo dicho. Déjame que te ayude.
- Es inútil. No saldré. Estoy mejor yo aquí que tú ahí.
- Loco, lo dicho. ¿Estar mejor tú que yo? Dime, ¿tienes tierras que trabajar, tienes horizontes que recorrer? ¿Tienes algo que hacer? ¿Sirves para algo? ¿Sabes que en esta época la tierra necesita ser abierta y sembrada? ¿Sabes que cada hombre empieza su jornada horas antes de que ilumine el sol? ¿Y sabes además, que la tierra es tan grande, que hay tanto por hacer, que nadie puede estarse en su casa apoltronado? ¡Vamos! ¿Tienes que salir de ese pozo...!
- Te afanas inútilmente.
- Por última vez, trepa por la sogá. Mira que tengo que ir a mi trabajo y no puedo perder el tiempo. ¡Hay tanto para hacer!
- Vete.
- Allá tú. Te dejo la sogá por si cambias de opinión.

LA MUJER

- ¡Eh, hombre del pozo! ¿Es cierto que no quieres salir de ahí?
- Es cierto. Y no trates de convencerme.
- Me parece tonto y algo más...
- No me importa que me insultes.
- Pero a mí sí.
- Guárdate tus delicadezas.
- No te enojés y dime si es cierto que no saldrás del pozo.
- No saldré.
- ¿Ni aunque yo te lo pida?
- ¿Y quién eres tú para cambiar mis propósitos?
- Soy morena, tengo dieciséis años y por exigente conservo mi ceñidor.
- Me tienes sin cuidado. He vivido y no me ofreces mucho más de lo que he tenido, ni nada mejor de lo que tengo.
- ¡Qué tienes tú, miserable! ¿Acaso no será miedo de tener, lo que tienes?
- ¿Ya no te importa insultarme?
- Ya lo mereces. Habiendo tierras por arar, casas por levantar, vientres por fecundar, ¿qué espera el que ya no espera nada? ¿Iría a alabarte? Me enfureces, me pones en la tentación de hacer lo que todos hacen contigo.
- No busques razones para lo que anda necesitando un jinete.
- ¡Si así fuera no hubiera venido por ti precisamente, topo malolientel

—Pues vete, entonces.

—¡Que te pudras!

—A ti te ocurrirá lo mismo, aunque nadie te maldiga y aunque ares tierras, levantes casas y tengas mil hijos.

—Pero dejaré mi tierra arada, mi casa levantada y mis hijos viviendo. Tú ni este pozo inmundo podrás dejar.

CAVANDO EL FONDO DE SU POZO

Lo dejaron inquieto a Juan las nuevas voces asomadas a su pozo. Tenían un poder de permanencia, de resonancia, que lo molestó mucho. No eran palabras de vuelo rápido; estaban ahí, se habían afincado en su mundo, gravitaban sobre sus pensamientos de un modo permanente.

Y sin embargo, no debía ser así. Esas palabras fueron mil veces escuchadas por él. Las recordaba de otras épocas que no le eran agradables. De un modo o de otro lo que ellas denunciaban ya había sido sentido por él. ¿Por qué entonces, venían a turbarlo ahora?

Además le habían traído noticias de algo que ya creía completamente desaparecido. La tierra, las casas, los hombres afanados, las mujeres. Todo eso estaba perecido desde hacía mucho tiempo. Cuanto más, persistían a modo de soporte de sus recuerdos, de esas proyecciones que tanto le hacían reír sobre las paredes de su pozo.

Sentía Juan casi una repugnancia física por todo aquello que el labrador y la mujer le habían encomiado. ¿Complicarse otra vez en el trabajo de todos los días? ¿Salir a luchar, a sufrir la tracción tenaz del tiempo? ¿Padecer la puja de los hombres? ¿Tropezar con la dureza de un mundo que siempre se resiste? ¿Dejar de ser dueño de su pozo, para ser esclavo del mundo?

Y ese mundo de allá arriba, ese mundo del que había caído en un día dichoso, se le aparecía ahora de una dureza tan cruel, de una materia tan enemiga, que experimentaba la necesidad física de seguir cavando con las manos el fondo de su pozo.

Pero no estaba tranquilo, no podía estarlo.

LA SALIDA

Hasta que un día Juan se dijo que podía intentar una salida, una breve salida, con el fin de desligarse de esa intranquilidad, de esa incomodidad creciente que sentía.

Trepó sin dificultad por la soga que le había dejado el labrador, una noche de luna llena. Mientras subía, pensaba que se moriría de vergüen-

za si alguien lo descubría. Su aventura tenía algo de delito, de transgresión.

Se sentó al borde de su pozo y miró la noche y respiró el aire que cantaba entre los árboles. ¡Qué extraño efecto el que sentía! ¡Cuánto movimiento! ¡Qué agitación la de aquí arriba! Así como cuando se escucha una música vivaz y alegre, su cuerpo experimentaba la necesidad de danzar al compás de la agitación del mundo.

¿Cómo era esa danza? Ya la conocía. Muchos años de su vida los había vivido danzando esa música que otra vez lo atrapaba. Qué estúpido es el hombre, murmuró. No escarmienta nunca.

—Vamos al pozo otra vez; ¡no me dejaré engañar!

Y Juan se metió en su pozo. Pero a mitad de camino comprendió que ya no podía descender. Que no podía respirar el aire maloliente. Que ya no era dueño de su pozo. Que su breve aventura lo había lanzado otra vez a lo desconocido. Que la danza del mundo se le había metido en el cuerpo y no había forma de desprenderse de ella.

¡Pobre Juan! Volvió a la superficie llorando una amargura sin comparación. Otra vez se veía caído. Otra vez dejaba de sentirse el protegido. Había perdido su ojo manso y protector, su concéntrica pared aisladora. Toda la vida del pozo se había desvanecido así, de pronto, como una burbuja.

III PARTE

JUAN EN EL PARAMO

EL NIÑO QUE INVENTO UN JUEGO

Y andando, Juan alcanzó la orilla de un río. Y estaba jugando en él una criatura de poca edad.

—¿Qué haces?

—Juego...

—¿Y qué juego es ese?

—Uno que inventé.

—¿Has inventado un juego?

—Sí...

—A ver, sigue jugando...

—¿No te reirás?

—Te lo prometo.

—Es así entonces...

—Escúchame; no lo entiendo.

—Es sencillo; debes prestar atención...

—Pero me parece que ese juego lo conozco...

—¡No puede ser!

—Sí, está modificado, pero es uno que yo jugué de chico.

—¡Mientes!

—¿Tanto te molesta que yo lo conozca?

—¡Tú no lo conoces! Lo dices para herirme.

—¿Por qué querría hacerlo?

—Por mi juego.

—Bueno, no te preocupes por mí, sigue jugando que tu juego es hermoso.

—¡No!

—¿Qué haces, te vas?

Y la criatura partió. Y Juan se quedó triste, con la cabeza entre las manos. Luego oyó que el niño lo llamaba y se dio vuelta y de la mano del que jugaba se desprendió una piedra que fue a darle en la frente.

EL MEJOR HACHERO DEL MUNDO

Siguió andando Juan y encontró en su camino un leñador apoyado en su hacha, frente a un árbol muy grueso y muy alto.

- Parece un árbol muy duro de cortar.
 —No para mí, el mejor hachero del mundo.
 —¿Eres tú el mejor hachero del mundo?
 —¿No has oído hablar de mí?
 —Perdona, yo estuve mucho tiempo en un pozo.
 —Ah; sí; como te digo, no hay otro hachero como yo.
 —¿Qué alegría saberse el mejor en algo, no es cierto?
 —No lo creas.
 —No te entiendo.
 —Hay que estar compitiendo siempre. Siempre tienes los ojos de los otros hacheros encima.
 —Pero tú siempre triunfas de todos.
 —No te lo perdonan.
 —Eso no te debe importar a ti.
 —Claro que me importa. Desmerecen mi arte y mi fuerza de ese modo.
 —¿Qué significa el desmerecimiento de ellos si tú sigues siendo el primero?
 —Que no lo admiten, que siempre lo ponen en duda, que no se someten.
 —Perdona, pero me parece comprensible. A nadie le gusta ser segundo.
 —Pero yo soy el primero...
 —Mira, vuelve a perdonarme, a nadie le importa que tú seas el primero, sino que ellos son los segundos.
 Entonces el hachero tomó a Juan por el cuello y lo sacudió duramente y le dio golpes en la cara hasta que se sintió reconfortado.

EL ANCIANO MALDICIENTE

- Y anduvo Juan otro largo trecho de su camino. Y encontró sentado sobre una piedra a un anciano que miraba la puesta del sol.
 —¡Bella puesta de sol!
 —¡Muy hermosa! ¡Mira cómo se tinta de rojo resplandor el cielo! Reconforta saber que mañana ocurrirá lo mismo y que esta magnificencia no se despliega por nada definitivo.
 —El día que ahora muere ya no volverá.
 —¿Crees tú en éso?
 —No es necesario creerlo, basta verlo.
 —Nada que puedas ver te servirá para fundar tu vida y tus opiniones.
 —Me parece incierto lo que dices.
 —Quien mira por sus ojos y oye por sus oídos no puede pensar otra cosa... Observa esos pastores allá abajo...
 —No veo ningún pastor...
 —Pues yo sí los veo.

—No te huelgues a costa mía, anciano.

—Te digo que esos pastores bailan una alegre danza... Si hasta la música llega hasta aquí...

—No veo ni oigo nada.

—¡Qué pobre hombre eres! No sabes ver ni oír. Te compadezco.

—Perdona anciano, pero me agradaría ver a esos pastores.

—¿Qué puedo hacerte ver a ti, que no sabes ver?

—¿Habrá una forma?

—Dí fuerte una y mil veces que ves a los pastores y que oyes la música de su danza. Dilo hasta que los veas y los oigas.

—Te ruego vuelvas a perdonarme, anciano. Yo haré lo que me dices, ¿pero no me explico por qué para ver la puesta del sol no tengo sino que ponerme frente a ella y para ver a los pastores que tú ves necesito decirme mil veces que los veo?

—¡Estás perdido! ¡Estás perdido!

Y el anciano tomó el cayado en el que se apoyaba y con él golpeó a Juan, y lo maldijo y lo persiguió durante muchas horas.

EL DESFILADERO

Y siguiendo su camino, Juan penetró en un largo y pavoroso desfiladero de verticales y brillantes paredes. Y el cañón era sinuoso y revuelto como una larga serpiente en marcha sigilosa y asesina.

Había adelante siempre una pared y un recodo, siempre un cambio que esperanzaba a la distancia. Y todo era vano, pues todo se hundía en la incertidumbre de un curso que no parecía conducir a nada.

Y triscaban los pies de Juan sobre las piedras del estrecho sendero serpenteante. Y sus pasos despertaban un eco multifono que se le adelantaba y lo esperaba y era terrible escuchar más allá el paso dado aquí.

Y el viento corría por el desfiladero como una gran ave negra graznante. Cada arista, cada garra, cada ensambladura emitía una voz distinta que cantaba con todas una dilatada y calofriante letanía.

Y contra los filos cortantes que remataban las rocas superiores, el cielo fuyente se hería y sangraba. Y comenzó Juan a correr y a gritar porque sentía que se estaba volviendo loco, que todo se le trastornaba, que se le escapaba por debajo de sus pies el punto de apoyo de su ser.

Y de pronto todo se le hizo vertiginoso. Y la serpiente se agitaba como si la tuviesen presa de la cola y furiosamente batía sus alas la gran ave negra graznante y se desgañitaba el coro letánico...

Y Juan era piedra y viento, recodo y camino, filo y sangre. Era algo retorcido e intrincado que se hundía en sí mismo, cavándose, envolviéndose, volcando sobre sí lo sido y lo por ser. Algo que parte sin ir, que se

mueve sin andar, que alcanza sin llegar. Algo que sangra y se restaña, que grita y se contesta, que llora y se consuela.

EL CLARO ABISMO

Y la red de piedra en la que había entrado Juan tenía en el centro de su espanto una laguna de espejeante ébano.

Y sobre su faz se reflejaban los picos de las montañas y el cielo que corría, y era como si tuviese abierto en su seno un abismo claro. Pero había algo importante en esa laguna puesta ahí. Daba la impresión que conducía, que era un camino que salía entre el laberinto de los caminos sin salida.

Pero Juan no se sentía tranquilo frente a ella. Pasó una y mil veces por sus orillas y había algo de traidor, de negativo en aquél abismo, que lo asustaba, como si intentar la inmersión condujera al sacrificio de preciado bien. Con todo, luego de desesperar largos recodos de su desfiladero, de sentirse monstruoso, se acercó a la laguna para convencerse de que podía ingresar a ella.

Y Juan temía. Y aquello lo repugnaba. Y la laguna lo pintaba sombrío sobre el abismo claro. Y su superficie oscilaba y Juan veía su silueta mecerse, bailar sobre la sima luminosa.

Y cayó. Cayó, no se tiró. ¿O sí se tiró?

Y lo primero que sintió Juan fue una bienhechora placidez, un bien sentirse incapaz de ser definido. Y poco a poco el agua lo ciñó, lo atrapó. Y su frío se hizo intenso, intensísimo. Y perdió la noción de las cosas. Y no veía. Y no oía. Y todos sus sentidos estaban adulterados, porque no era que no viese ni que no oyese, sino que veía y oía cosas extrañas.

Y flotaba Juan sobre el claro abismo, adormilado, desarmado, soñando que vivía.

LA CASA DEL GEÓMETRA

Para llegar a la casa del Geómetra no hay sino que seguir un camino bien trazado sobre la piedra viva. La vía no muy ancha, pero cómoda, se proyecta a todo lo que da la vista con una exquisitez sorprendente. A pesar de la ausencia de obstáculos aparentes no es su curso una línea recta. Cada tanto zigzaguea o se ondula suavemente, con elegancia, con inteligente sentido de la perspectiva. Dígase sin menoscabo del que la trazó: el caminante apremiado puede omitir los artificiales accidentes del sendero y llegarse hasta la casa siguiendo una oblicua casi perfecta.

La casa del Geómetra es estrictamente regular. Todo está ordenado

según unas proporciones cuya cifra numérica puede averiguarse mediante un simple cálculo. Desde luego, el Geómetra no desmerece a su casa. Es un hombre sin irregularidades, sin sorpresas, sin ambigüedades. Desde la disposición de los pelos de su cabeza hasta la inserción de los dedos de sus pies, todo atiende a un elaborado análisis geométrico. Por lo de más, es un hombre afable, que le gusta ser oído y se contenta grandemente con las discusiones.

Juan se llegó hasta esta casa siguiendo paso a paso las armoniosas curvas del camino y aunque muchas veces estuvo tentado de sacrificar alguna, se abstuvo por razones de cortesía.

Encontró al Geómetra sentado en su despacho, escribiendo lentamente sobre hojas cuadrangulares con letra segura. Todo lo que rodeaba al Geómetra era lo que debía ser; un detalle insignificante del conjunto contenía las reglas sobre las que se desarrollaba la totalidad del ambiente.

—Me siento profundamente agradecido por tu visita. Cada tanto aparece por aquí alguien y es como un regalo del cielo. Tú comprendes, estoy muy solo.

—Bueno, nadie te obliga a estarlo. Muchos quisieran compartir tu casa, me consta.

—Sin embargo, te equivocas. Ya hice la experiencia. Más aún, cada vez que encuentro a un hombre que siente el deseo de convivir conmigo lo invito a quedarse. Pero no dura mucho. Pronto lo veo inquieto, como si estar aquí se le transformara en un sacrificio. Entonces le encuentro una excusa y él se va alegremente.

—No entiendo bien ese proceder. Quizá seas un mal huésped...

—Mira, yo no te puedo negar esa posibilidad por simples razones de modestia. Sólo puedo decirte que en tanto hay en mi casa alguien, yo me esfuerzo en ser el más silencioso e invisible hombre del mundo para no causar la menor molestia y para no hacerle sentir al convidado ninguna presión. Te puedo asegurar que no es por mí que la gente abandona esta casa.

—¡Ah! ¿Entonces tú sabes por qué lo hacen?

—¿Saber? La palabra es pretenciosa. Siempre que divago se me ocurre pensar que el hombre debiera tener palabras impronunciables, sagradas, terribles. Observa qué interesante. Supongamos que el hombre considerara la palabra saber y todas sus flexiones tabú. ¿Qué haríamos tú y yo en el caso de tener que pronunciar esa palabra con relación a un asunto determinado? ¿Te das cuenta?

—Me doy y me felicito de que el hombre siga cuidando de sí.

—Tu respuesta es clínica, pero procedente. No queda otro remedio. Pero volviendo a nuestro asunto original te diré que no es necesario que yo te explique el porqué de la desertión de mis convidados. Bastará que tú mismo seas sincero. Veamos, ¿qué opinas de todo lo que has visto aquí?

—Precisamente de eso quería hablarte. Vine aquí con ese propósito. No me hubiera bastado con ver lo que has hecho.

—¡Ay de mí! ¡Si lo que hacemos no basta para explicarnos qué poco vale lo que tanto cuesta levantar!

—¿Deseas otra vez mi cinismo?

—Cállate, que me afecta, y yo sí siento el pudor de mi debilidad.

—En fin, para ser concluyente de entrada, todo esto me ha parecido demasiado artificial. Asusta tanta prolijidad, tanta perfección. Además, y ésto es lo más importante y lo más doloroso, uno no puede sentir nada de todo esto como familiar. Es ajeno de punta a cabo y se presiente que la incursión por tus dominios altera, enajena. Un ejemplo cabal, tu camino. Ese camino saca de quicio. Es irritante. Uno lo ve correr por un erial, por una meseta plana, donde lo más natural y razonable hubiera sido tender una línea recta, y no se explica qué criterio se siguió para hacerlo como está hecho. En una palabra, este es un lugar en donde nunca se podría sentir que se está en casa.

—Bueno, ahí tienes la explicación de lo que ocurre con todos mis visitantes. Ni mi camino ni mi casa es para ellos. O mejor, es para ellos, pero no para lo que ellos son sino para lo que ellos debieran ser.

—¿Cómo tú?

—No me lo reproches. Yo también, en cierta manera, me he hecho. Pero como te digo, mi casa está condenada a ser habitada sólo por mí. Nadie la acepta por más de unos días, sin contar con los que desde que entran en el camino ya lo están repudiando...

—Eso, tu camino. ¿Te molestaría explicarme por qué está hecho así?

—Porque es el camino que conduce a mi casa. No hay otra explicación. Cuando tú, desde afuera, te preguntas por qué estará hecho el camino así, ya no piensas en mi casa sino en la que tú podrías construir.

—¡Por favor, Geómetra! Tus explicaciones son tan arbitrarias como tu camino. Si yo aceptara tus razones, podría simplificarlas diciendo que el camino de la casa del Geómetra es como es por simple capricho.

—Te lo concedo. No me asusta la palabra. Sólo cabe decirte que me has sobreestimado. Pues, ¿crees que puede ser explicada de otra forma la construcción de mi casa? ¿Dónde encontrarás tú las razones que hagan de este edificio algo más que un capricho? Lo único que se puede decir es que se trata de un capricho organizado, y nada más.

—Me parece que te estás burlando de mí...

—¡Claro que sí! Pero te lo mereces.

—Entonces, ¿por qué está hecho el camino así?

—Es el único problema que no le resuelvo a mis visitantes.

—¡Cómo dices eso si sabes bien que no hay otro problema!

—¡Tu cinismo es escandaloso!

LA CASA DEL MAGO

La casa del Mago, en cambio, no era fácil de encontrar. Nada conducía a ella. El camino por el que la gente iba, la misma gente lo hacía; por eso aquí y allá surgía un sendero desdibujado y cubierto de malezas. Cada tanto aparecían los restos de algunos leños quemados y residuos de comida, pero en lugares distintos y desorientadores.

Se sabía que cualquiera de esos senderos conducía a ella simplemente porque la gente al comenzarlos decía que iba a la casa del Mago. Sin embargo, a poco de tomarlos, uno descubría que se cruzaban, que algunos se perdían de pronto, que se enlazaban extrañamente, como si los romeros fueran presa de raras ocurrencias.

Además los lugares por donde esos senderos corrían no eran nada seguros ni tranquilizadores. Faltaba la luz, la tierra no se mantenía uniforme, seres nada apacibles se cruzaban en el camino con extraños mensajes que impresionaban. Y cada uno pretendía saber la verdadera orientación para alcanzar la ansiada casa, más ansiada cuanto más se internaba uno en la madeja de senderos, porque el espanto, la desorientación, el cansancio, todos los trabajos que impone una vigilia permanente y nerviosa, requerían un lugar en donde descansar en paz.

Y ocurría que como no era predecible el tiempo que podía durar la búsqueda de la casa del Mago, muchos se morían en el camino, y muchos pedían algo con qué alimentarse hasta llegar, y otros muchos padecían las más horribles enfermedades. Había cada tanto campamentos de gente muy altanera que siempre quería algo a cambio de una ayuda o una orientación.

Y no faltaban los aprovechados, que diciéndose guías, arrastraban a los buscadores a lugares apartados en donde les robaban y mataban.

Lo cierto era que todo aquel lugar estaba poblado por toda una multitud, la más variada, la más extraña que Juan hubiera visto. Y había que estar siempre con los ojos bien abiertos, y no había forma de descansar.

Y la casa del Mago no aparecía. Algunos hombres que Juan identificaba por sus gritos, decían que la tal casa no existía, pero lo que a Juan le hacía dudar es que estos hombres a pesar de tales expresiones, seguían andando como si buscasen.

Al fin Juan se dijo que no podía seguir y no se preocupó más.

EL VOLATINERO INCONSCIENTE

Y había en el lugar más peligroso una serie de maromas que pendían a gran altura y de una a otra un hombre, arriesgándose continuamente, iba y venía. Y no parecía preocuparse del peligro que corría.

- ¡Oye, volatinero!
- ¿Qué quieres?
- ¿No puedes dejar de practicar tu riesgoso arte?
- ¿Mi riesgoso arte?
- Sí, y no te envanezcas, que el que posee el orgullo de su perfección no goza sino que adolece de ella.
- Te equivocas; no me explico qué te asombra en mí...
- Tratas de seguir asombrándome.
- ¿En qué querría yo asombrarte? No creo tener nada de extraordinario.
- No busques elogios.
- Te repito que no sé de qué me hablas.
- ¿Así que no sabes que te juegas los huesos saltando de cuerda en cuerda a esa altura?
- ¡Me parece que eres tú el que quiere burlarse de mí!
- ¿Cómo yo?
- ¿Te has fijado lo que estás haciendo? Mira bien, mira bien...

Y Juan miró bien. Y vio con espanto que se balanceaba haciendo piruetas sobre un abismo tan peligroso como el que hacía la incertidumbre de los vuelos del volatinero y con un arte tan perverso como el que reprochaba.

LA MANO

Se hundía Juan irremediabilmente en la laguna del desfiladero, cuando una mano tendida lo ayudó a rescatarse.

Era una mano sensible, nerviosa, suave, de dedos afilados y palma descarnada. Una mano sabia y desinteresada que ofrecía y nada más.

Mano de mujer, mano de hombre, ¿quién lo diría? La mano estaba ahí, acogedora, protectora, sin egoísmo, sin premura, otorgándose para toda la eternidad. Y toda la misión de la mano consistía en estar, en acompañar, en ayudar.

Y Juan comenzó a enamorarse profundamente de esa mano sin impaciencia, que no hablaba sino con gestos de sus laboriosos dedos, que se dejaba guiar guiando, que se dejaba acariciar acariciando.

Y la mano era el soporte de todas las cosas, la condición de realidad para el mundo de Juan. Y descansaba él en ella como el exhausto en su lecho.

¡Cómo amó Juan la mano serena! ¡Cómo descansó acurrucado en su protectora palma! ¡Y cómo sufrió el día que al despertarse la encontró yacente, sin vida, entregada a la tierra con fatal resignación!

LLANTO DE JUAN SOBRE LA MANO MUERTA

Querida mano, mano mía, no puedo creer que no te levantes ya para mí. Te veo ahí, relajada, con los dedos estirados y sin intención, y siento que he perdido contigo lo único que podía sostenerme. Sin ti soy algo muerto, algo que lleva la apariencia de la vida para castigo de sí. Debiste comprender que no era el tiempo para dejarme. Debías estar aquí aún, a mi lado. Tenías que haberme preparado para esto; ahora no sé cómo podré resistirlo. ¿Por qué me hiciste ésto? Yo sé que tú me querías, yo sé que tú tenías para mí el cuidado del que ama sin pensar en sí. No me explico cómo pudiste hacer ésto. No quiero creer que tú me hayas abandonado por propia voluntad. Algo debió obligarte: ¿Pero mano querida, mano de mi vida, mano sin par, por qué no te resististe? ¿Y ahora qué será de mí sin ti? ¿Tú no sabes cómo me siento? ¿Tú no sabes cómo estoy sin ti? Mira, mano de mi alma, mano única y amada, qué ha quedado de lo que tú habías hecho de mí: una cosa vacía, una cosa como un desierto, una cosa estéril, donde todo pasa sin arraigar, sin fijarse... ¿Qué me queda a mí sin ti? ¿Qué será de mí sin ti? No me puedo concebir viviendo sin tu ayuda... ¿Mano bendita, hacia dónde volveré la vista, hacia dónde dirigiré mis pasos, en donde tu ausencia no me pese como una dolorosa amputación? Ya no habrá amanecer, día, noche, cosa que pueda ver sin sentir que tú me faltas. Comprendes mano querida, contigo se ha ido la alegría, el dolor, la ansiedad, la preocupación y el sosiego, el deseo y la calma, se ha ido mi ser, dejando qué... ¡Oh, mano, si tanto tardaste, por qué tan pronto me abandonas! Lo único cierto lo único real que había podido hallar en mi larga peregrinación eso lo he perdido contigo y ya no vuelvo a encontrar lo que antes, que con tu partida se han ido la ilusión y la realidad, la verdad y la mentira... ¡Mano querida, mano sin par, qué has hecho de mí!

JUAN AL BORDE DE LA GRIETA

Y comenzó Juan a andar su páramo, sin prisa, sin objetivo, con la inexpresividad del batracio.

Y aquello no tenía fin, ni caminos de entrada ni de regreso. Estar en él parecía ser una cosa definitiva, donde cada punto representaba el centro. Y en la tastana endurecida no quedaban huellas de nada ni de nadie. Tierra hecha piedra, el cielo pesaba sobre ella como una prensa.

El viento que soplaba sin cesar y con fuerza, arrastraba desde los cuatro horizontes restos muertos de cosas desprendidas de valor. Y Juan se preguntaba en dónde habían quedado los valores de esas cosas.

Y había en esa tierra profundas grietas insondables que el paso vacilaba en salvar. Juan dudaba frente a ellas, convenciéndose de que no eran sino lugares de descanso, sitios en donde podía retirarse el agotamiento. Y un día Juan se acostó al borde de una de ellas, mirando el cielo anochecido y pensando si no había llegado el momento de detenerse en su andar. Allí, en ese lugar, ese instante siempre proyectado, adquiría una inusitada familiaridad. Lo que más se parecía al ambiente del páramo era la idea del descanso definitivo, porque el páramo es lo contrario de la marcha. Andar carece de sentido en un lugar en donde trasladarse es pasar de un centro al otro, a la misma distancia siempre de la periferia.

Y mientras Juan descansaba, se entretenía en mirar las cosas que traía el viento, algunas de las cuales rodando y cubiertas de polvo iban a dar en su grieta. Y Juan se interesaba en verlas caer casi sin ruido, como si hubiesen perdido toda sustancialidad. Y así vio descender muchas de sus propias cosas y con cada una de ellas que caía, él mismo se sentía aligerar.

Y se preguntaba si el proceso de aligeramiento podía tener fin.

Cuando todas las cosas de su vida cayeran en la grieta, ¿quedaría algo cuya ausencia fuera reconocible?

Y se entretenía Juan en ver cómo las cosas de su vida dando unas volteretas en el aire, pasaban frente a él e iban a sumergirse en la grieta a cuya vera estaba recostado. Extraño efecto el que causa la observación de las cosas con sus valores amputados. Siendo indiferentes son asombrosamente extrañas. En realidad son incomprensibles.

Las saludaba con un gesto de melancolía o con uno de curiosidad y las seguía con la vista en su caída silenciosa. Y pensaba Juan que el viento lo arrastraría a él cuando la última de las cosas de su vida hubiese caído. Pero, ¿caerían todas?

Es inaudito las cosas que pasan por la vida. Juan vio su cielo varias veces mudar de faz y el viento seguía trayendo su carga. Pero de pronto el viento sopló vacío de fuerza.

A Juan le costó comprender que la procesión había terminado. Que todo estaba terminado. Lo cierto es que se había acostumbrado al espectáculo y que éste podía convertirse en una ocupación. Le había parecido posible a fuerza de verlo, y se trataba de una ocupación muy cómoda.

Pero he aquí que el viento ya no traía nada y que, a pesar de ello, no lo arrastraba. El aligeramiento no había sido completo. Algo pesaba en él todavía. ¿Qué?

Y Juan quiso descubrir la ausencia que lo aferraba a su páramo, que lo oponía al curso de las cosas muertas, que lo mantenía vinculado.

No tardó mucho en reconocerlas, pues eran dos: la mano y el bosque

encantado. La mano y el bosque encantado. He aquí algo que Juan no lograba comprender.

Atinar a entender el porqué de la ausencia de la mano en la caída de las cosas, quizá no fuera difícil. La mano era la causa de todo lo que le estaba ocurriendo. Pero la mano ya no existía. Aún cuando no pudiera perder su valor no se explicaba Juan por qué tenía que ser una presencia vinculadora. ¿Por qué precisamente ella, que había partido, debía sujetarlo? Ella que lo había llevado hasta el borde de la grieta, en medio del páramo, contra el viento del descarte definitivo. Y Juan no se explicaba la ausencia de la mano.

¡Cuánto menos la del bosque! ¿Qué tenía que ver él con el bosque encantado? Desde su niñez no se había acordado de él. Nunca gravitó en sus decisiones, jamás le proporcionó una guía. Sin embargo, estaba asimilado a la mano en importancia vinculadora. ¿Por qué?

LA ESFINGE

Y Juan vio elevarse frente a él la consabida Esfinge. Una presencia inexpresiva, que tenía en su ciega mirada el signo de la fatalidad.

—¿Qué quieres?

—?

—Háblame.

—?

—¡Háblame!

—?

—¿Eres muda?

—?

—No te entiendo.

—?

—Me impacienta tu figura.

—?

—¡Explicatelo!

—?

—¿No te puedes apartar de mi camino?

—?

—¿Qué haces, entonces?

—?

—¿Quieres que te ahuyente a piedras?

—?

—¡Maldita, apártate de mi camino!

—?

—Te voy a deshacer sin misericordia.

—?

—¿Pero de qué estás hecha?

—?

—Por piedad, entonces, vete de aquí. No te puedo resistir...

—?

—Y tampoco piedad...

—?

EL ANACORETA IRASCIBLE

—Oye, anciano, tu presencia me advierte de tu sabiduría. Quiero contarte mi vida. Tengo un problema que tú quizá puedas resolver...

—¡Ah, sí! ¿Y quién resuelve el mío?

—¿Tú también tienes un problema?

—¡Qué fatuo! ¡Se imagina que él sólo vive!

—No seas duro conmigo. He padecido mucho...

—¡Qué víctima! ¡Se imagina que él sólo vive!

—Tienes razón. Pero de todos modos es cierto que hay grados de entendimiento, como hay grados de complejidad. Yo creo que si tú te avinieras a escucharme, podrías resolver mi problema.

—Pues no me avengo y es mejor que te marches...

—Anciano, sé paciente y perdóname. Estoy desesperado. Tú tienes que tener compasión por mí. Puedes ayudarme. ¡Creo en ti!

—Me tiene sin cuidado tu creencia. No me importa que estés desesperado ni me importa que te mueras.

—Anciano, estuve en la grieta del lugar de los centros repetidos...

—¡Ah, sí! ¡Qué novedad! ¡Es al primero que le ocurre!

—Anciano, yo no dije eso...

—Lo digo yo y basta. El apaleado que quiere hacer valer sus cicatrices en vez de sus méritos prueba sus delitos...

—Ves anciano, tú sabes mucho; leo en tus ojos la sabiduría.

—Pues ves algo que no te pertenece, por lo que te puedes ir con tus lloriqueos a otra parte.

—Anciano, te niegas a ayudarme...

—Tu afirmación no altera mis propósitos.

—¿Me dejarás ir sin oirme?

—Te equivocas. No te escucho por el placer de verte ir... Y andando, que me tienes lleno.

EL ORADOR

—Hombre, veo tu figura acercarse a mí con su carga de insolubles interrogantes. Pero has llegado a buen puerto. El hombre que ha vivido,

que se ha nutrido en todos los dolores y en todos los placeres, en todas las aventuras que la humana condición trae anejas, no rehuye su experiencia al asurido por la incertidumbre y la angustia.

—¿Atenderás tú a mi problema? ¿Me escucharás?

—Porque quien sabe vivir, vive viviendo y vive sintiéndose vivir. Yo soy de esos que nada han dejado pasar en vano, que todo lo acopian para el momento del consejo. Porque has de saber que yo viví toda mi vida pensando en la hora de la palabra iluminada, en la hora de servir a mis semejantes...

—¡Qué suerte entonces que te encuentre! Yo necesito contarte mi vida... Nací en el pueblo que...

—Porque esa es la más alta misión de los hombres como yo. De los hombres que descubren que el perfil del hombre tiene el contorno dramático del signo de interrogación. Y el hombre es eso. Un signo de interrogación. Una ansiedad abierta al cosmos...

—¿Por favor, me escuchas? Yo nací en el pueblo que está...

—¿Y qué es esa interrogación? ¿Qué quiere decir una criatura interrogativa? Una criatura interrogativa es un ser desarraigado que soporta mal su nuevo lugar de estadía. Una criatura interrogativa...

—...en el pueblo que está próximo al bosque encantado...

—...necesita ser escuchada y comprendida por seres que como yo, han solucionado todas las incógnitas. Porque yo reencontré los caminos verdaderos. No sin dolor, no sin equivocarme, no lo creas...

—...y desde el principio la gente del pueblo me llamaba el...

—¡Oh! ¡Sí que he errado por todos los caminos! Nací yo en un lugar agreste en donde no llegaba el rumor de ningún pueblo vecino. Y todo era hosco para un alma delicada y sensible como la mía...

EL SEMÁNTICO CORTÉS

—Tu presencia me inspira confianza. Tienes un aire de serenidad, de ecuanimidad, como antes no había visto.

—¿Y a quién habías visto antes? ¿Y para qué los habías visto?

—Primero vi al anacoreta irascible y luego al orador. Y a los dos fui con el propósito de encontrar la solución de un enigma.

—¿Qué clase de enigma?

—Uno que se desprende del conjunto de experiencias de mi vida. De todo lo que he vivido, de todo lo que ha pasado por mi vida, sólo dos cosas permanecen como vinculadoras: la mano y el bosque encantado.

—Interesante. Creo que puedo ayudarte. Pero necesitaré de ti cierta colaboración.

— Toda la que necesites. Mi mayor anhelo es acabar con la presencia intrusa de mi incógnita.

— Bien, entonces. Tú me comunicarás tus experiencias y para ello te harán falta palabras. Para que yo pueda entender esas palabras, tú deberás usar aquéllas en las que tú y yo podamos ponernos de acuerdo en cuanto a un significado común. Todo significado que yo no pueda admitir te comprometerá a buscar otro modo de expresión. ¿Me has entendido? ¿Estás conforme?

— Creo que sí. Pero lo que no entiendo bien es la razón por la cual tu debes convertirme en juez de las palabras que yo uso.

— Es muy propia tu duda. Se trata de algo claro. ¿Quién tiene los problemas? ¿Quién demuestra que su modo de vivir lo ha conducido a una serie de interrogantes irresolubles? De los dos tú eres el desesperado. Yo estoy en paz. ¿Entonces quién ha de imponer sus pautas de significado?

— Yo confío mucho en tu cordura, ¿pero si yo no pudiera aceptar en algún caso las palabras que tú quisieras obligarme a usar?

— No nos quedaría más remedio que discutir las exhaustivamente. Y si aún no pudiéramos ponernos de acuerdo, convendríamos en no hablar de aquello que esas palabras significan para ti.

— ¿Y lo por mí vivido?

— Te das cuenta que a mí eso no me incumbe; ahora se trata de que podamos entendernos.

— Gracias. Has sido muy cortés. Hasta siempre.

EL HERRERO

— ¡Máchaca, áca, martillo, illo! Te veo preocupado. ¿Qué tienes? ¡Máchaca, áca, martillo, illo!

— Nada, herrero, te miro trabajar...

— ¿Quieres trabajo? ¡Máchaca, áca, martillo, illo! No me pareces vigoroso, pero para alimentar el fuelle sirves...

— No, no quiero trabajar.

— ¡Máchaca, áca, martillo, illo!

— ¿Herrero, te gusta tu oficio?

— Mi padre fue herrero. ¡Máchaca, áca, martillo, illo!

— ¿Ganas bien?

— Para comer... ¡Máchaca, áca, martillo, illo!

— ¿Qué estás haciendo?

— Una puerta para gente rica... ¡Máchaca, áca, martillo, illo!

— Parece difícil...

— Fiesta para el martillo... ¡Máchaca, áca, martillo, illo!

— Da miedo vértelo manejar...

- ¡Máchaca, áca, martillo, illo!
- No me explico cómo puedes hacer esas cosas tan complicadas.
- ¡Máchaca, áca, martillo, illo!
- ¿Nunca has salido a andar por ahí, por el mundo?
- ¡Máchaca, áca, martillo, illo! Cuando era joven, para ir a buscar mujer... ¡Máchaca, áca, martillo, illo! ¿Por qué?
- Pareces tan seguro, tan fuerte...
- ¡Máchaca, áca, martillo, illo!
- ¿Se piensa cuando se hace éso?
- Mi padre me decía, si es duro en tu enemigo, si es blando en tu mujer, si caprichoso en tu hijo, pero si es hermoso en ti... ¡Máchaca, áca, martillo, illo!
- ¿Murió tu padre?
- Máchaca, áca, martillo, illo! Bueno, esto está listo... ¿Te gusta?
- ¡Es realmente hermoso!
- Pensaba en mí...

IV PARTE

JUAN EN EL BOSQUE ENCANTADO

LUCUS

Y Juan abandonó al herrero sonándole en los oídos su estribillo: ¡má-chaca, áca, martillo, illo!

Y no preguntó a nadie qué debía hacer, ni a nadie fue con sus problemas. Encontró a muchos que podían haberle ayudado al modo de los tres primeros que consultó. Pero pasó en silencio, con paso rápido. La verdad, estaba sordo. El ruido del martillo contra el hierro, el silbido del fuelle, el vozarrón del herrero que cantaba su máchaca, áca, martillo, illo, zumbaba en su cabeza aislándolo de los otros.

Así pues, Juan tomó un camino bien definido. Iba hacia el bosque encantado. Y un día se encontró frente a él.

Entonces Juan comprendió por qué el bosque no podía ser arrastrado por el viento. Frente a él, a la distancia, un temor que no se explicaba, un miedo que partía de todas sus fibras, de su historia, del miedo de sus antepasados, ocupó el lugar que mediaba entre él y el bosque.

Allá lejos se elevaba la montaña con su verdura ennegrecida, como juez, como sanción, como sentido, y Juan temblaba animalmente por que no podía resistir el acercamiento. Su presencia significaba el espanto sin límites, la prohibición que cada hombre arrastraba, la leyenda encarnada.

Y Juan no podía más, sus piernas no le respondían, sus ojos estaban empañados, las manos se le crispaban. Y se tiró a descansar su miedo, a rehabilitar su voluntad, a sentirse dueño de su decisión.

Pasaron muchos días antes de que Juan hallara la fuerza necesaria para entrar en el bosque encantado. Pero uno se levantó y con dominio de su miedo comenzó la ascensión.

LA ASCENSIÓN DE JUAN

(Ira. Jornada)

Día

No era nada fácil el cruce del bosque hacia la cima. Y Juan debía luchar contra una naturaleza hosca y endurecida en su soledad. Sin contar

con el misterio, la sensación de que detrás de cualquier estribación y de cualquier árbol iba a surgir una revelación espantosa y definitiva.

¿Por cuánto tiempo aquéllo no había sido pisado por el hombre? No recordaba Juan que hubiese memoria de ninguna profanación. Él era el primero. ¿Era él el primero? Una angustia premonitoria le hacía pensar que antes de que diera unos pasos más, un terremoto tragaría al mundo.

Pero daba esos pasos y nada ocurría y entonces temía algo peor. Desde que viera el bosque encantado, no había silueta familiar; todo era desconocido. Juan era un extranjero, un ser que se movía en un lugar ajeno. Y un lugar sujeto a otras leyes, a otra consistencia. No reconocía nada ni estaba seguro ya del modo de reaccionar de nada, ni siquiera de sí mismo.

Porque si su voluntad lo había movido en el primer instante, ahora ya no la poseía. Se diría que seguía trabajando la ascensión, porque de lo que él era, sólo había quedado la idea de subir. Pero realmente tampoco podía bajar. Estaba atado a su miedo y su miedo lo llevaba hacia arriba.

El sentimiento de lo inesperado lo agotaba rápidamente. Tenía que detenerse y descansar repetidamente. ¿Pero qué descanso aquél en medio de cosas que en cualquier instante podían convertirse en otras? Juan miraba una piedra, y la piedra se le aparecía como un nudo de potencialidades milagrosas. Podía serlo todo y un deseo de rogar, de pedir su ayuda, de hacer un sacrificio por ella, incoaba una serie de gestos rituales.

Noche

Y en la noche de la primera jornada, Juan soñó que nacía en una oscura selva entre gente melancólica. Y el pueblo en que nacía estaba formado por sucias habitaciones de paja y ramas entretejidas. La habitación más espaciosa pertenecía al jefe del pueblo y la más alejada al brujo. Y el pueblo vivía con su vida tensa entre uno y otro.

Pero jefe, brujo y pueblo vivían pendientes de una gran piedra colocada en el centro de un círculo inviolable. Y a la mañana al levantarse, y a la noche al acostarse, todos reunidos acudían al círculo para rendir culto a la piedra. Lo que la piedra decía lo interpretaba el brujo, lo ordenaba el jefe y lo ejecutaba el pueblo.

Esto se hacía desde tiempos inmemoriales. Y el pueblo con su culto había alcanzado a vivir sin muchos tropiezos largas generaciones melancólicas.

Más en la época en que Juan contaba muchos soles, comenzaron a ocurrir cosas extrañas que mantenía al pueblo sobrecogido de espanto. Pues sucedía que cada vez que la gente en fervoroso círculo acudía a la pie-

dra, ésta por boca del brujo decía cosas diferentes y contradictorias. Y jamás se dejó sin cumplir lo que la piedra ordenaba por mediación del brujo. Por eso el pueblo, al ejecutar las órdenes se encontraba desconcertado haciendo hoy lo que destruía mañana. Y no era eso lo peor, sino que a veces, mientras una parte del pueblo realizaba algo pedido por la piedra, otra parte, para ejecutar una orden posterior, tenía que combatir contra la primera.

Y ya el pueblo no podía apartarse del círculo, y las órdenes se sucedían sin interrupción. Y no se podía comer ni trabajar ni dormir. Y cumpliendo las órdenes, el pueblo languidecía, y pronto ni las fuerzas necesarias para cumplir le fueron quedando. Y murió el brujo, y luego el jefe, y poco a poco también el resto del pueblo.

Y mientras Juan agonizaba veía a la piedra elevarse por encima de los cadáveres de sus compañeros, en su círculo, muda y brillante.

SEGUNDA JORNADA

Día

Resultó dura la segunda jornada para Juan. Necesitaba abrirse camino con pies y manos. Un sudor espeso que se confundía con la sangre de sus miembros lastimados, le bañaba el cuerpo. Muchas veces quiso echarse atrás, pero estaba sujeto al miedo de un modo infrangible.

El miedo lo paralizaba frente a toda novedad del paisaje, ante cualquier cambio inusitado. Era él y un sutil sentido de conservación el que le impedían volver las espaldas. El miedo obliga a andar despacio, con cuidado; el miedo guía el paso del hombre en peligro, si éste lo enfrenta, pero se transforma en desenfreno, en locura, si se le da la espalda. Había que avanzar. Había que esperar desesperando lo que de seguro le esperaba.

¿Pero qué era éso? Juan no podía adivinarlo. Delante de cada paso que daba su imaginación proyectaba una imagen que se fundía en otra y en otra... Lo cierto era que cualquiera fuera su forma, cualquiera su realidad, era una presencia señera a la que no se podía soslayar.

Y Juan sin darse cuenta ya no temía lo próximo, sino lo lejano. Porque lo temido siempre estaba más allá de lo abarcado por su ángulo visual. Aunque no bastaran a ocultarlo, las piedras, los árboles, las hojas, formaban a su alrededor una suerte de amurallamiento. No, no se engañaba en cuanto a la impunidad de sus actos. Sabía que estaba celado, Pero en el fondo se sentiría tranquilo mientras se supiese un poco lejos.

Sin embargo, ¡qué insignificante era él frente a aquello! ¡Qué poder agobiante pesaba sobre su destino de escalador! Y aún con el miedo que

sentía, Juan se entregaba a ese poder esperando de él la mayor benevolencia.

Noche

Y en la noche de la segunda jornada, Juan soñó que vivía en un lugar poblado por gente muy pobre. Había tanta pobreza en ese lugar que Juan sabía que comía de vez en cuando.

Pero ninguno se quejaba. Y todos se sentían muy felices por vivir así. Era una virtud no quejarse y acomodarse a las penosas circunstancias de la vida. A la mañana de cada día, todos los que vivían con Juan marchaban por un camino de barro hacia una ciudad que se levantaba a mucha distancia. Y la miserable población entraba a la ciudad antes de que saliera el sol. Se desparramaba por todos los horizontes y cada bella casa de la hermosa ciudad se los devoraba rápidamente. Otros muchos se quedaban en las calles, esperando que la mañana trajese el premio a sus virtudes. Porque la ciudad estaba habitada por gente infinitamente buena que recompensaba a los resignados con monedas, con mendrugos, con ocho o diez horas de abundante sudor, con la felicidad perfecta o con la inmortalidad sin barro.

Y el día pasaba en perfecta armonía. Un rumor de colmena se levantaba de la ciudad atareada, sólidamente fundada sobre la virtud de los que trajinaban el camino de barro.

Por la noche, la gente que vivía con Juan, antes de reandar el camino, debía acudir a un espacioso recinto en donde se le hacía entonar hermosos cánticos y se le enseñaba lo bien que estaría algún día. Y luego se la dejaba ir.

Y todo andaba sobre ruedas.

Y las ruedas andaban sobre una presencia omnipotente.

Y el omnipotente andaba sobre los lomos de la gente que trajinaba el camino de barro.

II

Y en seguida soñó Juan que era uno de los que habitaban la hermosa ciudad. Y se sintió bueno y poderoso. Y no reconoció a los que le servían la mesa, le limpiaban la casa, le conducían por las calles.

Y la gente con la que ahora vivía Juan tenía otros problemas y otras virtudes. Era realmente más heterogénea. Más compleja que la otra. Entre ellas había tipos de los más variados. Había artistas, pensadores, industriales, políticos, epicúreos y ascetas, místicos y cínicos, idealistas y farsantes, descontentos y apoltronados. Y entre todos se habían hecho un mundo brillante y complicado. Tenían salones luminosos donde se reunían; habitaciones donde se engañaban; recintos donde se devoraban, y todo se lo tomaban en serio y hacían gestos amplios y emocionantes.

Pero realmente esta gente también sufría y desesperaba. También esperaba recompensa por sus virtudes y castigos por sus errores. Ansiaban el reconocimiento de los otros y temían sus críticas. La gran mayoría sabía ocultarse sus claudicaciones, pero otros muchos tenían en sí mismo un juez severo que les trabajaba duramente el rostro.

Por eso esta gente a la mañana al levantarse trajinaba un duro camino que la conducía a distintos lugares de la ciudad. Y cuando llegaban a destino se destrozaban durante interminables horas, aunque también se los premiaba de vez en cuando. Así, recibían un halago, una latita redonda, un sillón más cómodo, una cinta de color, un montón más de hombres, una mujer o un hombre, una rama de laureles, una muerte recordable, una variedad inagotable de objetos y colores que los entusiasmaba e impelía.

Y volvían a la noche por el duro camino. Y se encontraban y se mostraban lo que habían recibido, y si no se encontraban hacían reuniones donde cada uno sacaba a relucir lo que se les había otorgado.

Y todo andaba sobre ruedas.

Y las ruedas andaban sobre la presencia omnipotente.

III

Y por último soñó Juan en la noche de la segunda jornada que se encontraba en un amplio atrio de elevadas columnas. Y en un extremo había un solio de oro que resplandecía bajo los rayos del sol. Sentado en él un ser magnífico, hierático, que miraba fijamente hacia adentro, indiferente a todo. A su alrededor, servidores ricamente vestidos, modulaban suaves melopeas, con los ojos bajos y las manos unidas.

Y frente al resplandeciente palio, más allá del círculo de servidores, una postrada y orante multitud dirigía sus manos y sus rostros brillantes en lágrimas hacia el que estaba en su trono. Y esa multitud vestía oscuras prendas y cada cabeza, cada cara, cada mano, denunciaba por su palidez el agobio de dolores sin fin. Todos oraban, todos gemían, todos reclamaban para sí la atención del que no atendía a nadie. Y se esforzaban por buscar en la quieta figura la inspiración, la respuesta a los problemas que les afligían.

Y Juan oía por un lado la constante melopea y por otro los gemidos e imploraciones de la transida multitud. Sin embargo, la mayoría de los agobiados se retiraba del atrio con el rostro iluminado por el agradecimiento. El que estaba en el trono parecía haberles hablado con voz íntima. Cada uno llevaba al levantarse la voz preciada y amada del que no los miraba. Cada uno tenía en su corazón la solución preciada, el sendero a seguir.

Más a poco, Juan reparó que entre los que entraban en el atrio po-

día reconocer a muchos de los que había visto salir. Y llegaban deshechos, arrastrándose por las losas, sangrando por cien heridas que se habían abierto en la carne. Y el llanto que se levantaba de aquellas gargantas roncas de tanto clamar, arrancaba a los ojos de Juan ardientes lágrimas de piedra y su piel se estremecía y sentía miedo de tanto dolor. Y los oía orar:

—¡Señor! ¡Señor de la infinita bondad, perdónanos! Hemos venido a ti, a ti, fuente de inmaculada justicia, para recibir tu santa palabra y oramos largamente, oramos hasta que tu voz se hizo oír en nuestros corazones. ¡Oh! ¡Bendita sea tu voz! Y por ella nos indicaste lo que debíamos hacer. Y tu palabra era como un rayo de luz en medio de nuestros dolores. Salimos de aquí alegres y agradecidos, sosteniendo con nuestras manos el regocijado corazón lleno de esperanzas. ¡Ah! ¡Tu voz, tu voz! Queríamos seguir sintiéndola por toda la eternidad. ¡Qué seguridad nos daba! ¡Qué fortaleza a nuestro paso!... Pero Señor bendito, Señor de la clemencia sin fin, ¡qué incapaces somos de guardar tu palabra! ¡Qué poco dura la fuerza que tú nos das! ¡Perdónanos Señor! ¡Perdónanos por no ser dignos de ti! Quisimos hacer lo que tu sabiduría nos ordenaba, pero volvimos a caer... ¡Oh, perdónanos Señor!

Y aquellos seres con los que Juan lloraba se retorcían en el suelo hasta quedar exangües. Y Juan los lloraba en su silencio. Y estaba inagotablemente lleno de lágrimas nuevas.

TERCERA JORNADA

Día

Y al comenzar la tercera jornada, Juan se hallaba fuera del bosque encantado. Los últimos restos de pobre vegetación descubrían una árida y peligrosa perspectiva de rocas y grietas suspendidas en dura varga. La cima, allá arriba, gravitaba sobre Juan, balanceándose como si fuera a desplomarse. Y Juan la sentía en todo su peso.

Y Juan, ante aquello, se detuvo. El bosque encantado había quedado atrás. Con el bosque había quedado la sombra, el entresijo opresivo de ramas y bejucos. Ahora tenía sobre sí el sol y la cima y entre ésta y él un duro trecho de piedra desnuda. Violando el bosque también había terminado con el encantamiento y la prohibición. Sin embargo, no tenía resuelto nada. Y lo mismo seguía atado a su miedo y el miedo lo empujaba hacia arriba.

¿Pero miedo a qué? Y Juan lanzaba una mirada a su alrededor. Todo era peligroso. Quizá más peligroso. Pero lo que pudiera ocurrirle en el

último tramo de su ascensión no se parecía en nada a lo que él había esperado. Todo lo tenía a la vista. ¿Miedo a qué?

¿Por su vida? Siempre se teme por la vida. Antes también temía por su vida, pero su vida estaba ligada al encantamiento. Ahora éste había quedado atrás. Y su vida pendía como una gota sobre el vacío. Su vida se había quedado sola, sola...

La necesidad de alcanzar la cima despertaba en todos sus miembros con un nuevo impulso. Era una ansiedad dolorosa, insoportable, que no lo guiaba en la cuesta, sino que lo lanzaba contra ella. Saltar, trepar, aferrarse, arañar, golpear, continuar hasta el ahogo, esforzarse hasta la hernia, y seguir, seguir... azuzado por la angustia, por esa zozobra que Juan, recién salido del bosque encantado, no podía entender.

Noche

Y en la noche de la tercera jornada, Juan soñó que descendía por la ladera oriental de la montaña. Y en la ladera encontró gente comiendo, gente bailando, parejas amándose, vendedores, gritos y chicos, música y ruidos, una agitación desconocida para él. Y en todos los rostros había una aridez, una ansiedad, una alegría seria que a Juan lo desconcertaba.

Y Juan lanzó una mirada hacia abajo y vio una ciudad inmensa, desconocida, monstruosamente extendida a lo largo del horizonte. Y la ciudad estaba acribillada por miles de orificios luminosos y tajeada por infinidad de verticales paralelas. Y subía de allí un tronar espantoso hecho de ruidos variados e innominables. Y había también un olor agrio y sofocante que circundaba todo. El sol, que ardía furiosamente, desdibujaba los perfiles en una ondulante corriente de líquida irradiación. Y nada estaba quieto en todo aquel espectáculo. Y la vista no descansaba y los ojos perseguían el movimiento de todas las cosas hasta inflamarse en sus órbitas.

Y Juan sintió que ese movimiento de las cosas lo atrapaba, que nada de todo aquello podía ser visto en compañía de lo demás, que era necesario andar rápido, mirar solamente algo, ignorar el resto.

Y se dirigía hacia la ciudad entre otros que también iban hacia allí. Contra otros que venían hacia aquí. Soslayando a los que iban hacia allá. Resistiendo a los que cruzaban hacia acullá. Y todos los puntos eran confluyentes.

A medida que Juan daba o recibía empujones se iba produciendo en él una especie de agría malevolencia hacia los demás. Sus contornos se endurecían y buscaba de ofrecer las aristas más afiladas de su cuerpo. Además importaba el impulso con que se movía. Cuanto más ligero y más atrevidamente lo hacía, mejor dispuesto se sentía para el choque.

Y Juan alcanzó así la ciudad. Pero dudó mucho antes de entrar. Se

sentía espantado; vehículos extraños cruzaban a gran velocidad por oscuras aceras abiertas entre elevados muros de piedra. Entre estos vehículos corría gente que zigzagueaba vertiginosamente. Ahí el ruido era insostenible. El aire irrespirable.

Y Juan no lograba entender a la ciudad. Parecía que a ésta le estaba ocurriendo algo extraordinario. Sin embargo, no era así. La prisa, el ir y venir no tenía nada de desordenado, como si fuese algo nuevo para esa gente. Al contrario, había cierto orden. Todos los movimientos, con ser bruscos y agitados, respondían a una cierta familiaridad con ellos.

¿Podría preguntar a alguien qué era eso? Lo cierto es que lo había intentado. Pero ninguno le había dispensado la menor atención. Aquella gente ni siquiera lo miraba. Juan pensaba que no miraban nada. Había en aquellos ojos una ceguera unilateral que descorazonaba, que lo hacía sentir totalmente perdido.

Poco a poco se fue haciendo la noche. Y Juan seguía a las puertas de la ciudad sin saber cómo hacer para entenderla. Sin la menor duda tenía un poco de miedo. Le parecía que si entraba ahí, caería aplastado por ese movimiento incesante, por la descomunal proporción de las cosas. Pero tampoco podía dejar de entrar. Permanecer a las puertas era como sentarse frente a un enigma sin intentar resolverlo.

Juan penetró al fin en la ciudad. De inmediato quedó atrapado por otra corriente de seres, cuyo sentido también desconocía. Tampoco podía decir aquí si la gente iba o venía. Andaba rápidamente, eso es todo lo que sacaba en limpio. Había lugares en donde se bailaba y comía. Otros en donde se exhibían prendas y artículos de los más variados usos. La gente entraba, comía y bailaba, compraba o no compraba. Y seguía andando rápidamente. Y Juan entre ellos seguía sin comprender nada. A aquella ciudad le faltaba algo que él estaba acostumbrado a ver. Por lo mismo era incomprensible.

Alcanzó una esquina en la que se detuvo. Quería parar a alguien, quería descubrir a uno menos impaciente que los otros en quien poder encontrar una explicación a todo lo que veía. Pero otra vez ninguno le hizo caso.

Entonces Juan caminó un poco más y cuando llegó a un lugar parecido a un parque buscó un sitio alejado y se tendió a descansar. Estaba agotado. Desde ese lugar veía a la ciudad incomprensible, a sus habitantes. La ciudad era obra de hombres, pero no era parecida a ninguna de las que antes había visto. Desorbitada, exagerada, como si sus constructores la hubieran levantado en esos momentos en que se superponen dos estados pertenecientes a tiempos distintos.

¿Y los hombres? ¡Qué extraños habitantes esos! Esa expresión de alegría sería, de incoherencia decisiva, los denunciaba como hombres únicos, sueltos sobre sus caminos.

Y Juan se dormía divagando, se dormía en su sueño y soñaba en su sueño los sueños de sus sueños.

LOS ALBAÑILES

Y Juan estaba todavía en la ciudad incomprensible. Y frente a un edificio en el que trabajaban cientos de albañiles, preguntó a uno de éstos:

—¿Qué estáis haciendo?

—Un templo...

—¿Un templo para tu dios?

—¿Para mi dios? Yo no tengo dios

—¿Y construyes el templo?

—¿Qué tiene que ver?

—Mira...

—Yo no tengo esos problemas. Y tampoco mis compañeros.

—Entonces, ¿ninguno construye el templo de su dios?

—No. ¿De qué te asombras?

—¿Aquí nadie se asombra de que se haga eso?

—No. Hay que ganarse la vida.

LOS DIRIGENTES

Y Juan se encontró frente a unos que parecían ser los que dirigían la construcción del edificio. Y le preguntó a uno de ellos:

—¿Es el templo de tu dios?

—No, ¿por qué?

—¿Y tú hiciste levantar esto?

—Sí.

—¿Y no es el templo de tu dios?

—Claro que no. Yo no tengo dios.

—Y entonces, ¿por qué lo haces levantar?

—Es mi oficio.

—¿Pero no sientes molestia alguna al levantar un edificio como éste?

—Ninguna. Hay que ganarse la vida.

LOS SACERDOTES

Y en seguida encontró Juan a los sacerdotes para los cuales se levantaba el edificio. Y le preguntó a uno de ellos:

—¿Estarás contento con tu nuevo templo?

- Sí, será hermoso.
- Podrás honrar a tu dios...
- Podré hacer honrar al dios de los hombres.
- ¿Y tú?
- Mi oficio es hacer honrar al dios.
- ¿Y tú?
- Tengo que mantener despierta la fe, la esperanza, en estos días de dolores sin fin. El hombre debe creer.
- ¿Y tú?
- Vivir es muy difícil en estos tiempos.

LOS CREYENTES

Y Juan encontró a los que irían a orar en el templo que se construía. Y a uno de ellos le dijo:

- ¡Hermoso será el templo de tu dios!
- Magnífico...
- Tu dios te recompensará.
- Me recompensará.
- No lo dices con mucha convicción...
- ¿Convicción? ¿Qué es eso?
- Quiero decir, seguridad...
- ¿Seguridad?
- ¿Pero no es el templo de tu dios?
- Sí, tienes razón, es el templo de mi dios...

Y Juan vio a los albañiles, a los constructores, a los sacerdotes y a los creyentes rodear el edificio que se construía trabajosamente. Los vio, cada uno en su lugar, mientras poderosas máquinas deslizaban sus brazos impulsados por fuerzas descomunales. Los vio unidos en una obra que todos sostenían, que todos esperaban ver terminada.

Juan despertó de pronto al sueño de la ciudad incomprendida. La miró; y el sueño de su sueño permaneció transfigurado.

CONCLUSION

Y Juan despertó sobre la cima de la montaña del bosque encantado. Todo había pasado. Allá abajo descansaban los miedos: a todo, a alguien, a nada. El espantoso bosque encantado. Sabía Juan que en la grieta del páramo algo más había ido a caer. De lo que había sido, de lo que había querido, de lo que había creído, sólo la mano le quedaba. Si el viento desvinculador no lo arrastraba, si no sentía la necesidad de dejarse rodar es porque la mano lo mantenía ligado.

La mano. ¿En dónde buscarla? ¿Qué no hubiera dado Juan por aquella mano querida? Si no podía evocarla sin dejar que las lágrimas le reventaran en los ojos. En verdad sentía que se estaba jugando una mala pasada. Que no debía lastimarse con aquel recuerdo. Que no debía permitir que la mano lo atara ahora que nada le quedaba.

Y Juan se sentó sobre una piedra. Y miró el horizonte. Miró los innumerables pueblos que allá abajo descansaban. Adivinó a los miles de hombres que en esas calles, que bajo esos techos sufrían. Recordó sus sueños. Revivió sus espantos. Siguió paso a paso las líneas oscuras de los arados. Las tejas verdes de las viñas. Los humos de mil fuegos forjadores. Subía de todo aquello olor a sudor, rumor de trabajo...

Y Juan se miró las manos. Y las manos de Juan ya eran como la mano perdida. Y comenzó a descender por la ladera de la montaña del bosque encantado, retornando al futuro.